

# Pablo Neruda en Morelia

Edición Conmemorativa en el primer centenario de  
*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*

Antología e Introducción  
RAFAEL CALDERÓN





Universidad Michoacana de  
San Nicolás de Hidalgo

## **DIRECTORIO**

Dra. Yarábí Ávila González  
*Rectora*

D.C.E. Javier Cervantes Rodríguez  
*Secretario General*

Dr. Antonio Ramos Paz  
*Secretario Académico*

Dr. Edgar Martínez Altamirano  
*Secretario Administrativo*

Jorge Alberto Manzo Méndez  
*Secretario Auxiliar*

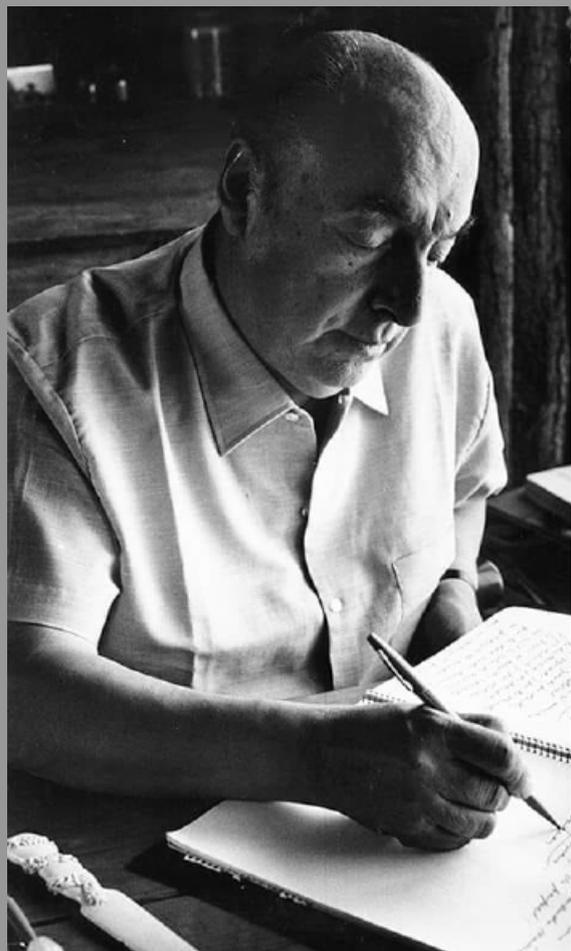
C.P. Enrique Eduardo Román García  
*Tesorero*

Dr. Miguel Ángel Villa Álvarez  
*Secretario de Difusión Cultural y Extensión Universitaria*

Dr. Jesús Campos García  
*Coordinador de la Investigación Científica*

Pablo Neruda  
en Morelia

Edición Conmemorativa en el  
primer Centenario de  
*Veinte poemas de amor y una canción desesperada*



# Pablo Neruda

TOMADA DE LA PÁGINA DE LA FUNDACIÓN

PABLO NERUDA

# Pablo Neruda en Morelia

Edición Conmemorativa en el  
primer Centenario de  
*Viente poemas de amor y una canción desesperada*

Antología e Introducción  
RAFAEL CALDERÓN



UNIVERSIDAD MICHUACANA DE SAN NICOLÁS DE HIDALGO  
CENTZONTLI *Pájaro de cuatrocientas voces*

*Pablo Neruda en Morelia,*  
Antología e *Introducción*, Rafael Calderón

— A la juventud de Morelia, Discurso de Michoacán, de  
NERUDIANA DISPERSA I

© Herederos de Pablo Neruda y Fundación Pablo Neruda, 2001.

— A Silvestre Revueltas, de México, en su muerte (Oratorio menor), América no  
invoco tu nombre en vano, El Vino, Viaje por la noche de Juárez,  
de CANTO GENERAL

© Pablo Neruda, 1950 y Fundación Pablo Neruda

— Canto a Stalingrado, de LAS UVAS Y EL VIENTO

© Pablo Neruda, 1954 y Fundación Pablo Neruda

— El general Franco en los infiernos, Canto a las madres de los milicianos muertos,  
Batalla del río Jarama, Paisaje después de una batalla, Oda solar al Ejército del pueblo,  
Un canto a Bolívar, Nuevo canto de amor a Stalingrado, TERCERA RESIDENCIA

© Pablo Neruda, 1964 y Fundación Pablo Neruda

— Farewell, de CREPUSCULARIO

© Pablo Neruda, 1923 y Fundación Pablo Neruda

— La canción desesperada, de VEINTE POEMAS DE AMOR Y UNA CANCIÓN  
DESESPERADA

© Pablo Neruda, 1924 y Fundación Pablo Neruda

— La Oda a Federico García Lorca, de RESIDENCIA EN LA TIERRA

© Pablo Neruda, 1933 & 1935 y Fundación Pablo Neruda

© Rafael Calderón por la Introducción y Compilación

EDICIÓN NO VENAL

CENTZONTLI Pájaro de cuatrocientas voces

COORDINADORES: Sergio J. Monreal y Rafael Calderón

Universidad Michoacan de San Nicolás de Hidalgo  
1ra. Edición

Por el concepto editorial: Rafael Calderón

Portada y formación: Verónica Frutos y Giovanni Hernández Genchi

Cuidado y coordinación editorial: Aurora Molina, Sergio J. Monreal y Rafael Calderón.

ISBN: 978-607-542-299-2

Impreso y hecho en México

## ÍNDICE

### PRESENTACIÓN.

*Un legado que perdura*, por la DRA. YARABÍ ÁVILA GONZÁLEZ,  
*Rectora de la Universidad Michoacana.* 11

### I. INTRODUCCIÓN.

*Neruda. Visión del poeta y de su presencia en Morelia*, por RAFAEL CALDERÓN 17

### II. DISCURSOS Y POEMAS

#### Discursos

A la juventud de Morelia 49  
Discurso de Michoacán 51

#### Poemas

A Silvestre Revueltas, de México, en su muerte (Oratorio menor) 65  
Canto a Stalingrado 68  
El general Franco en los infiernos 71  
Canto a las madres de los milicianos muertos 74  
Batalla del río Jarama 77  
Paisaje después de una batalla 79  
Oda solar al ejército del pueblo 80  
Farewell 83  
La canción desesperada 86  
Oda a Federico García Lorca 89  
Un canto a Bolívar 94  
Nuevo canto de amor a Stalingrado 96  
América, no invoco tu nombre en vano 101  
El Vino 102  
Viaje por la noche de Juárez 104

III. FUENTES BIBLIOGRÁFICAS	
Bibliografía	107
IV. RESEÑAS A LA EDICIÓN	
CONALEP-MICHOACÁN, 2024	
<i>Pablo Neruda en Morelia</i> , Marco Antonio Campos	113
<i>Pablo Neruda en Morelia</i> , Lucía Rivadeneyra	116
V. AGRADECIMIENTOS	119

*Pablo Neruda fue el príncipe de los poetas,  
tuvo tanta fama  
y tanta gloria en su tiempo...*

SAÚL YURKIEVICH



## PRESENTACIÓN



## UN LEGADO QUE PERDURA

Dra. Yarabí Ávila González  
*Rectora de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo*

A cien años de la publicación de una de las obras literarias más importantes del siglo XX: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo se enorgullece de presentar esta compilación y análisis de discursos y poemas que hace más de ochenta años fueron escuchados por aquellos jóvenes entusiastas en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, durante las tertulias morelianas que el autor compartió con colegas y amistades.

Pablo Neruda, el gigante de las letras latinoamericanas, dejó una huella imborrable en Morelia; su especial visita en 1943, para recibir el grado Doctor Honoris Causa otorgado por nuestra Máxima Casa de Estudios, fue un momento estelar que sin duda marcó un antes y un después en la vida y la historia universitaria, intelectual y cultural de la ciudad, con la lectura de su valioso discurso *Mis gloriosos laureles*, que se presenta aquí, con el título “Discurso de Michoacán”.

Contaba nuestro cronista moreliano, don Carlos Arenas, que alguna vez, nuestro poeta José Luis Farfán dijo que Morelia había encantado a los grandes de la poesía, y refirió a tres de ellos: a Pedro Garfías, a Pablo Neruda y a Porfirio Barba Jacob. Y narraba el cronista, cómo Farfán, a través de su exquisita prosa descriptiva nos situaba del brazo con aquellos gloriosos vates, *remirando las arcadas de las Rosas, los fresnos del antiguo bosque de San*

*Pedro, ya escuchando el rasgueo de una guitarra en alguna mal alumbrada plazuela o el murmullo de la fuente en el florido jardín.*<sup>1</sup>

Con respecto a Neruda, don Carlos Arenas afirmaba que se conservaban... o se conservan fotografías, en las que aparecían, al lado del poeta chileno, aquellos inquietos jóvenes que gustaban de las letras; algunos de ellos, preparatorianos aún; otros, ya de más edad, pero todos ellos, descendientes de la tradición Nicolaita. Nunca podremos imaginar el impacto tan profundo que pudieron tener los versos de Neruda en aquella generación —hablamos de los años cuarenta— que vivía en una edad de tragedia, bajo la sombra de una guerra mundial, del fanatismo fascista, de la persecución y del holocausto.

Neruda escribió sus *20 poemas de amor* cuando aún era muy joven; había renunciado a la estricta elocuencia de sus antecesores, de los posmodernistas. Sus versos tenían frescura, sencillez, transparencia. Nada se ocultaba tras su metáfora. *Veinte poemas de amor*, era el nuevo *Azul* de la poesía hispanoamericana. Y debieron estallar en ánimo los nuevos poetas de aquella Morelia que ya se vestía de provincia más urbana y por lo tanto, más cosmopolita. Debieron estallar sus *corazones* al ver aquel tan admirado rapsoda de los nuevos tiempos, pronunciando su famoso discurso del 17 de agosto de 1943.

¿Y quiénes conformaban aquella generación de jóvenes dispuestos a renovar la poesía recibida por sus maestros? Sus nombres nos dicen mucho sobre la poesía en nuestro Estado y en nuestra Nación. Epigmenio Avilés, Ramón Martínez Ocaranza, José Luis Farfán, Luis Mora Serrato, Enrique González Vázquez, Luis M. Campos, Ezequiel Calderón y toda una pléyade a la que pertenecen otras plumas además de las mencionadas. Por eso, Neruda se siente conmovido y admirado al pisar el *Recinto sagrado*, como él llama a la Universidad; era un hombre de casi cuarenta años frente a la juventud michoacana, ansiosa por aprender, por leer y por escribir. *Otras cosas me hicieron amar a Michoacán*, dijo Neruda al referirse a los héroes antiguos

---

1. Arenas García, Carlos. *De nuestros poetas / Recuerdos del cronista*. Ed. Casa de San Nicolás. Morelia. 1986. Pp. 17–18.

y a esa juventud michoacana empapada con *un soplo de rebeldía, de independencia y de libertad*.<sup>2</sup>

Esta obra pretende ser un homenaje al escritor que encontró belleza e inspiración en la cantera rosada y las aulas nicolaitas, un recordatorio de que la cultura es un bien común que debemos proteger y promover, una invitación a celebrar y mantener viva la memoria y la voz apasionada, reflexiva, comprometida y firme del gran poeta que dejó un legado para las generaciones universitarias del pasado, el presente y el futuro.

Como rectora de esta institución y en el marco de su 107 aniversario de fundación, me complace compartir este viaje en el tiempo que nos permite conocer una etapa de la vida de Pablo Neruda, donde la capital michoacana y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo son clave para comprender su andar por México.

---

2. Neruda, Pablo. Discurso, *Mis gloriosos laureles*. Cfr. Arreola Cortés Raúl. Historia de la Universidad Michoacana. UMSNH. Morelia. 1984.



I

## INTRODUCCIÓN



Me doy cuenta que tengo pendiente entre mis lecturas un par de biografías de la vida y la obra de Pablo Neruda (1904-1973). Ya casi para terminar el 2022 y, sin pensarlo demasiado, decido iniciar la lectura de forma ordenada, con pasión y disciplina. Así, doy comienzo a la biografía de Mario Amorós: *Neruda. El príncipe de los poetas*; y la de Velodia Teitelboim: *La biografía de Neruda*. Muy distintas una y otra por su estilo; aunque al ir a estas páginas, es aceptable que cada uno tenga su forma de reconocimiento. Es a través de la poesía, por la vida pública y privada, que reconstruyen la trayectoria del poeta: resultan ser una guía, la esencia fundamental para adentrarse por la vida y la obra del poeta.

Fui a las páginas correspondientes a la presencia de Neruda en México; en particular, quería saber si incluían información o datos nuevos de las visitas del poeta a la ciudad de Morelia. Poco o casi nada es lo que dicen, y lo que describen es un recuento muy breve de su estadía; más bien registran un viaje de carácter político y no poético: que incluyó a Morelia por su activismo social, y donde se destaca su presencia como militante político. Es sabido que Neruda estuvo en esta ciudad por lo menos en cuatro ocasiones, entre los años 1941 y 1949. Durante estas visitas pronunció dos discursos: en la primera, al discurso le sucedió una lectura de varios poemas; en 1943 pronunciará un segundo discurso con motivo de la recepción del grado de *Doctor Honoris Causa* que le otorgó la Universidad Michoacana; para la tercera visita no leyó poemas ni ofreció intervención pública alguna; para el último viaje se sabe que leyó un par de poemas, y el resto

de la estancia moreliana más bien fue clandestino, consagrado a disfrutar de las tertulias en la ciudad y a ir de paseo por el interior de la geografía michoacana.

El punto de partida para recordar a Pablo Neruda en Morelia es, ante todo, la lectura de esos discursos, para por medio de ellos llegar a los poemas y reconocer una parte de la influencia que dejó en la tradición de las letras mexicanas —en particular en la tradición de la poesía moreliana—; identificar los versos que leyó en estas paradas de su presencia, una muestra de su voz exquisita y excepcional; a través de este volumen, queremos rememorar aquel encuentro de nuestra ciudad y su gente con su brillo poético.

Es posible reconstruir parte de esa agenda literaria y de acción política gracias a la crónica que en sus días publicó Raúl Arreola Cortés. A él debemos, primero, que se conozcan los discursos, y después ubicar los poemas que se leyeron. Recordemos además que en 1943 David Franco Rodríguez, como presidente del Consejo Universitario, tuvo el acierto de conducir el acto de recepción a Neruda. A su vez, Ramón Martínez Ocaranza fue el encargado de dar un discurso en nombre de la *nueva poesía michoacana*; por entonces él representaba muy bien lo que se escribía en la ciudad.

Sin duda, por medio de los poemas que Neruda leyó en Morelia puede apreciarse una pequeña parte de su personalidad: un atisbo apenas. Una nueva oportunidad, inmejorable, para ubicar su presencia y sus versos, deslumbrantes al hablar en términos literarios. Su vida fue la de un poeta desmesurado. Su escritura registra variadísimos desafíos. Nunca quieto, estuvo en constante movimiento. Los textos en prosa aquí incluidos sirven para completar el perfil de esa presencia; forman parte de un mismo diálogo extenso y profundo; aunque es muy común que entre los lectores devotos de Neruda una y otra vez se cite alguno de los discursos de Morelia, estos han sido poco difundidos. Algo comprensible en un autor con semejante caudal de títulos publicados. Siempre resulta interesante el encuentro con la obra

dispersa y marginal, la aparentemente olvidada. Esa obra recuperada y publicada casi toda en un tomo de las obras, en particular el volumen IV, reunido por su estudioso y editor, Hernán Loyola. En esa escritura, la *Nerudiana dispersa*, cada párrafo de prosa y cada poema recobrado revelan nuevos matices de la voz diversa de Neruda. Nada resulta prescindible en medio de su abundantísima obra. Encuentro fugaz y entrañable no sólo para el erudito, sino para el lector común y corriente que quiera vislumbrar con mayor amplitud los horizontes de su producción literaria.

El recuento podría ser infinito. Escritura temprana, escritura madura, obras póstumas. Recuento que inicia con sus primeros apuntes y termina por confirmar su lucidez lírica: deslumbra, y desde lo estrictamente literario lleva al encuentro con su biografía. Y es que Neruda es, ante todo, un autor de varios fuegos encontrados en un cruce de caminos forjados por el verso y por la prosa poética. Todo lo reunido se convierte en eco de una única presencia unitaria. Su escritura aún tenía todo para continuar, pero el golpe militar y el asesinato del presidente Salvador Allende la marcaron de manera definitiva. Aquellos días turbulentos de septiembre, también representaron la imposibilidad final de Neruda para seguir viviendo. Finalmente, su corazón se detuvo: murió a las 10 y media, la noche del 23 de septiembre de 1973.

## I

### *Visión del poeta*

No concibo mis primeras lecturas de la poesía de Pablo Neruda al margen de ciertos títulos. Cada uno, a lo largo de los años, es reflejo de una compañía, un momento. Cada obra visitada se vuelve parte de un mismo itinerario. Desde antes que terminara el siglo XX, perseguía yo la lectura de sus poemas, buscaba las ediciones de su poesía, las antologías donde estuviera presente, etcétera. Cada selección de sus poemas es lectura que ilumina y clarifica por igual, permite reconocer lo que representa su nombre, delimita su lugar entre los grandes poetas. Como si

fuésemos a nombrar parte de esa larga tradición entre los clásicos de nuestra lengua española: Cervantes, Quevedo, Góngora y Sor Juana; sin perder de vista la influencia de un autor como Rubén Darío, y después ir a Antonio Machado; seguir hasta llegar a su gran amigo Federico García Lorca; reconocer los antípodas de su diálogo: Vicente Huidobro y César Vallejo. Por otro lado, hay que ver su generación abierta a reconocerse como parte de ese río abundante de la escritura que corre casi parejo por el mismo cauce, y llega a océanos tan diferentes como Jorge Luis Borges, Gabriela Mistral, Juan Ramón Jiménez; pero hay que seguir la senda de las coordenadas hasta llegar a Octavio Paz, Julio Cortázar y Nicanor Parra. En el mejor de los casos, tenemos que confirmar la unidad de ese largo “etcétera” que permite seguir su presencia, nombrar la tradición de la poesía moderna, y decir que al frente de la poesía hispánica del siglo XX se encuentra Pablo Neruda.

Son no pocos títulos los que de su poesía he conseguido allegarme con el transcurso de los años. Algunos, por su confección, resultan memorables. Ediciones pulcras, recientes o conmemorativas; no pueden pasar inadvertidas en estos tiempos. No pueden quedar en silencio por ciertas fechas, ni pueden ser ignoradas por sus múltiples aportaciones, por sus reflexiones sobre la poesía o por el caudal infinito de los poemas recuperados. En lo que se refiere a la prosa, diría que ha sido para mí un festín de hallazgos, una recuperación tardía (o reciente). Se trata de lecturas que me llevan a su encuentro, mientras que la poesía, visitada por periodos largos y cortos, sigue reflejando la presencia de un mar de pasiones: lecturas constantes y frecuentes que generan perpetuidad con su nombre y reconocimiento por su estilo, memoria prodigiosa para recuperar la síntesis de una época a través de los poemas que ha publicado. En semejante recorrido, el poeta se sitúa siempre en medio de un ejercicio íntimo e histórico.

Cada uno de nosotros puede recordar, en su individualidad, el primer poema leído. Poemas de juventud o de madurez que unifica siempre el modelo de la iniciación melódica: su

escritura es su biografía. Con rigor y placer, hay que decir que es permanentemente telúrico. Un poeta que entraña rigor.

Podemos apelar a *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, clásico para gloria de la poesía española. Poemario interesante, destacadísimo dentro su obra, imposible de ignorar. Ante las imágenes de su lírica, será mejor beber la fuerza de sus versos, reconocer el rigor de sus pasiones y vivir la suerte del encuentro con las imágenes sensuales y eróticas que encierra. No sólo se ha convertido en la obra de su autoría más vendida y traducida; por su vigencia sigue representando, hasta el presente, una obra única en el género de la poesía. Desde su publicación se mantiene vigente a través de múltiples ediciones, lecturas y revisiones a cargo de los estudiosos. Al final de su vida, Neruda también se ocupó de contribuir con juicios propios, clarificando lo que significaba haberlo escrito en una edad temprana. A la distancia de aquellos versos, registra en su madurez la huella de su perdurabilidad: algo así como un claro de bosque en medio de toda su escritura. El ejercicio de la poética particular permite, a la distancia, oír con precisión su ritmo y la unidad del estribillo musical. Obra que hay que sentir por el pulso del verso; percibir todos esos sueños inagotables y reconocer entre sombras el nombre de no una, sino más de dos musas: las que inspiraron su escritura. Un torrente de imágenes, versos que bien podríamos denominar infinitos. Se trata de un poemario originalmente publicado el 15 de junio de 1924. Entonces su autor rondaba dos décadas de vida. En realidad, no había cumplido 20 años, le faltaban sólo 18 días, pero daba el salto en la poesía; y de qué manera.

La obra recién publicada recibió de inicio una acogida fría, sin grandes consecuencias. Tuvo que esperar varios años. Su recorrido y reconocimiento fue gradual, hasta alcanzar el lugar inequívoco que hoy ocupa. Es la obra que inauguró en su plenitud la fama del poeta. Aunque fruto de su juventud, exige de nosotros rastrear a partir de ella las perdurables huellas del tiempo. Todo, o casi todo, está documentado a propósito de este poemario. Antes de él, existen por supuesto ejemplos

preliminares de la temprana vocación del poeta; su primera escritura se remonta a la edad de once años. Pero puede decirse que todo comienza a los veinte años con *Veinte poemas de amor*, como lo han señalado estudiosos y editores, desde una “madurez y destreza inusitadas en el uso del lenguaje”.

Neruda “parte de una influencia poética modernista”. Con sus primeros versos crea “una nueva expresividad”. Lo más interesante es la diversidad de huellas y temas, pasajes decisivos que describe y enlaza con la figura de la mujer, registrando la exaltación del amor y el erotismo, las tristezas y las angustias. Ahí está la experiencia del primer amor, el encuentro, el eco de la sensualidad. Un estilo que emerge de “los paisajes naturales de su Chile natal”. Quisiera recordar aproximaciones acertadísimas, siempre pertinentes, como recordar aquel homenaje de Carlos Monsiváis o Federico García Lorca. En *Escribir, por ejemplo...*, título tomado de un verso de nuestro poeta, Monsiváis tuvo la genialidad de compulsar un libro de ensayos donde estudia autores mayoritariamente influenciados por Neruda. Sin tratarse de estudios o análisis estrictamente nerudianos, integra un completo homenaje al poeta chileno. Por su parte, García Lorca con acierto expresó, elevando a un tono magistral su voz y describiendo la sinceridad de su poética: “La poesía de Pablo Neruda se eleva con un tono nunca igualado en América, de pasión, de ternura y sinceridad”.

El poeta nació con el nombre que le impusieron sus padres: Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto; muy temprano para la poesía se llamará Pablo Neruda. Además de poeta, fue diplomático. Es, como dicen críticos y biógrafos, el poeta latinoamericano más importante del siglo XX, merecedor de múltiples premios, en particular el Nobel de Literatura que le llegó en 1971. Fue un viajero constante.

Su primer libro es *Crepusculario*. Su padre trató de disuadirlo de dedicarse a la poesía. De ahí que se cambiara el nombre, para no resultar identificable ante la vigilancia paterna. Aunque

tampoco es que su padre se preocupara mucho por su vocación literaria una vez encarrilada. Desde un principio publicó pues bajo el seudónimo de Pablo Neruda.

Le tocó emerger, como resulta natural, de la tradición lírica inmediata anterior a él: el Modernismo. En particular fue influenciado por un autor y un título: Rubén Darío y su libro *Azul*. *Azul* fue para Neruda un encuentro de pasiones y deslumbramientos. A lo largo de su obra podremos seguir identificando numerosas correspondencias y rupturas a partir de ese augural encuentro. La poesía misma como un sueño que confirma, reflejada entre figuras de trascendencia, temas de vida, esperanza y desesperación infinita, voz que canta y se decanta por la mujer. Un esplendor al que le suceden la pasión, la sensualidad, el registro por medio de la belleza del verso: la suma del lenguaje. A partir de ahí, el poeta irá al encuentro de la amada, o a nombrar el cuerpo de la mujer a través de un repertorio de imágenes infinitas.

“Siempre me han preguntado cuál es la mujer de los *Veinte poemas*, pregunta difícil de contestar. Las dos o tres que se entrelazan en esta melancólica y ardiente poesía corresponden, digamos, a Marisol y Marisombra. Marisol es el idilio de la provincia encantada, con inmensas estrellas nocturnas y ojos oscuros como el cielo mojado de Temuco. Ella figura con su alegría y su viva belleza en casi todas las páginas, rodeada por las aguas del puerto y por la media luna sobre las montañas. Marisombra es la estudiante de la capital. Boina gris, ojos suavísimos, el constante olor a madreSelva del errante amor estudiantil. El sosiego físico de los apasionados encuentros entre los escondrijos de la urbe”.

Muy distinta resulta en cambio una obra como *Plenos poderes*. No se trata de la obra clásica o fundamental, ni la más conocida, pero cifra con un claro sentido de madurez la evolución de su poética: entraña la exploración del lenguaje y manifiesta el torrente del verso. Culmina las potencias inagotables de su

escritura: el poder verbal que le otorga el idioma, consagrado a los dominios del canto y la imaginación, trascendiendo la órbita de silencios que le rodea.

Esa colección compuesta por 37 poemas, de extensión mayoritariamente corta o mediana, con sólo dos o tres piezas de mayor extensión, requiere varios suspiros o descansos para llegar a su fin y contemplar plena su aspiración lírica. Es un tirón de versos que se consolida al otorgar forma definitiva al lenguaje, al sonido del idioma, la consagración plena de la vida terrenal. Palabra de las sombras, palabras del fuego, encuentro que exige mantener bien aguzados el paladar y el oído. Lenguaje que parte de una mirada infinita, para volverse océano, lluvia y mujer. Espectro de sonidos. Casi nada escapa a la mirada de esta obra cuya órbita de ecos y sonidos hay que saber explorar. Como si todo fuera un deseo, la mano que refleja la escritura y que abarca cada tema posible de la vida y los sueños. (¿Algo tendrá que ver con las lecturas que hizo Neruda de la poesía de Francisco de Quevedo?).

Como han dicho sus críticos: “No olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás...”. Un encuentro con aquello que ha nacido, el planeta, un pronunciarse como si fuera el desnudo viento, la torre y los meditados viajes, una serenata tal vez, conversando de pájaros y adioses. ¿Será Dios el constructor? Si lo fuera, lo seguiría un ejercitado viaje alrededor de la religión. Pero Neruda no era un devoto religioso, sino un devoto de la búsqueda poética, de la esencia asediada a través de la palabra: la poesía es su religión. Cuando habla de la primavera, encuentra su voz: “Todo lo hizo un pájaro sencillo, desde una rama verde”. Por medio de la carta, pasa al saludo de don Asterio, para hacer indagaciones y recordar una noche incierta en Isla Negra. Todo conduce a un mismo puerto: a la tristeza. “A puro sol escribo”, como dice desde el primer verso el poema que tutela la obra: sucede a pleno mar, en la calle, donde él puede cantar y cantará, y recoge las sombras para que éstas no se pierdan.

Su escritura es un río. Un río abundante de palabras antiguas y nuevas. Ese río no se cansa de ir, de volver; llevando y trayendo preguntas desde la madre o desde la cordillera; río de exploraciones que nunca se detiene, y que abarca dentro de su ciclo el pasado, el presente, la proximidad del futuro:

*Así pues de no ser estoy compuesto  
y como el mar asalta el arrecife  
con cápsulas saladas de blancura  
y retrata la piedra con la ola,  
así lo que en la muerte me rodea  
abre en mí la ventana de la vida  
y en pleno paroxismo estoy durmiendo.  
A plena luz camino por la sombra.*

Demos el salto ahora a otra estación cardinal: *Residencia en la tierra* (la edición en dos tomos, de 1935), para rastrear en ella la prolongación de su lenguaje y la exploración de su escritura.

Primero habrá que sortear con la memoria la lectura de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, remontar la presencia de “Farewell”, ese poema decisivo perteneciente a *Crepusculario*, y de éste dar el salto para instalarse en “Tango del viudo”. Un poema, por decir lo menos, determinante. *Residencia en la tierra* inaugura el centro de irradiación poética de Neruda, la cima del itinerario de escritura recorrido hasta ahí. Esplendor para la lengua, para su generación, encuentro definitivo con la madurez, definición de quehaceres para toda la poesía contemporánea. “Tango del viudo” quizá sea su poema más célebre, el más estudiado: una especie de carta poética lanzada —tal lo define Amando Alonso— como flecha de guerrero parto a una amante abandonada en fuga. El poeta se siente urgido de nostalgia por sentirla de nuevo y vivir a su lado. Hallamos un lenguaje diferente al cotidiano, al del entorno familiar, una búsqueda en la que el verso se intensifica, modula el ritmo. Tentativas y hallazgos de gran pasión, aventura de un vocabulario que busca confirmar su evolución, dar el salto definitivo como parte de un ejercicio de lenta maduración, plenitud lírica que desborda los cánones de la lengua española para marcar un antes y un después.

Venía bebiendo del modernismo tardío, aquel que se cierra con la muerte de Rubén Darío. Consumaba ahora una radical vocación de presente, atestiguando las vanguardias y reflejándolas en ecos, pero sin abrazarlas; afirmando su singularidad ante ellas desde una suerte de surrealismo muy particular, y estableciendo un cauce literario propio. *Residencia en la tierra* es el abrevadero de esa larga y apasionada búsqueda, el brindis en solitario de un gigante que deja atrás lo que fue. Superada la fuente modernista, pasa a nutrirse de la surrealista, pero tomándola menos como una militancia que como una senda de exploración. El surrealismo vivía sus horas de mayor ebullición, reflejándose en la suma de diferentes manifestaciones. España ya tiene varias obras propicias para quedar incorporadas a lo mejor y más representativo de este espíritu. Lorca, Luis Cernuda, Salvador Dalí. Luis Buñuel convertido desde el cine en el poeta más surrealista de todos. Es por vía española que el surrealismo también llega a Latinoamérica.

*Residencia en la tierra* es, como ya lo han señalado los estudiosos, una obra meteórica. Abre “Golpe de muerte”, poema desproporcionado, complejo, revelador; la eterna rivalidad entre la muerte y la vida; la imaginación lírica se ensancha al elevarse, en un ejercicio de reflexión con cierta dosis de violencia y penetrante angustia: “como cenizas, como mares poblándose”. Ya se revela desde ahí, en la forma, en el estilo y en el ritmo, la modulada voz, las simultáneas potencias de una escritura que llega para revelarles un antes y un después a la poesía en lengua española. Todo es como un sueño lento y maduro, que evoluciona hasta agotar la fuerza de su condición verbal; dejarlo todo con el dolor vivo, en movimiento, con la luz quizás, posiblemente la lluvia.

La primera parte de *Residencia en la tierra* consta de 33 poemas estructurados en cuatro apartados, numerados en romano, y que reúnen una producción trabajada entre los años 1925-1931. La segunda parte abarca el período 1931-1935, con 23 poemas repartidos en seis apartados con número romano,

siguiendo muy similar directriz. El apartado IV lleva subtítulo “Tres cantos materiales”; y los siguientes dos, las secciones que de alguna manera vienen a romper la unidad de la primera *Residencia*, incluyen menos poemas, que alcanzan un aire de libertad creativa diferente. (*Tercera residencia* es un punto y aparte, separada de esta obra, hay que verla independiente para hablar con amplitud, por ejemplo, de *España en el corazón*).

Una buena guía, no para acotar ni mucho menos sustituir la lectura de *Residencia en la tierra*, sino para acompañarla y enriquecerla, es *Residencia revisitada* de Hernán Loyola, estudio incluido en *Nuevas aproximaciones a Pablo Neruda*, compilado en 1987 por Ángel Flores. Punto de referencia para volver con buena brújula a la obra, concentrándonos con doble rigor en, pongamos por caso, “Galope muerto”, apertura de una génesis interminable y deslumbrante al mismo tiempo. “Galope muerto encierra toda una poética y que define buena parte de la poesía nerudiana”.

Títulos de madurez, como *Odas elementales* (1954), se pueden leer en el silencio absoluto, alrededor de la mesa de un café, echando mano cada tanto de acompañamientos críticos clave, como la introducción general Saúl Yurkievich a las Obras. Comenzó por el placer de la lectura, para después tomar por asalto temas y asuntos en un ejercicio de reflexión, madurando la idea de la reflexión crítica, hasta llegar a los poemas de incendiaria pasión política, como *España en el corazón*. Regresar a *Neruda, biografía literaria*, de Hernán Loyola, para seguir conociendo interminablemente las magnitudes del poeta y del hombre. Encontrar lo más sublime de su lenguaje, la esencia de su poesía.

¿Quién de nosotros no es capaz de evocar el primer poema leído de Neruda? Un día leí el más bello de su primera juventud en la antología de Ramón Xirau, *Poesía iberoamericana contemporánea*. Recuerdo la presentación correspondiente: “junto a Vallejo, Huidobro y Paz uno de los grandes poetas del siglo”. Xirau lo señala como autor de una obra variadísima y excepcional para la lengua española. Es evidente que la selección de poemas que realizó correspondía a esos “buceos en el inconsciente, imágenes

oscuras, densas y poderosas”, y que acaba desembocando en el Neruda nerudiano, valga la redundancia.

Señala Xirau que “después de *Residencia I y II*, Neruda se inclinó por una poesía proselitista que en la *Tercera residencia* es demasiado obvia”. Quien busca encontrar otra directriz, la encuentra. “Poeta del canto, del sentido y del sonido, alcanzó nuevas alturas en este hermosísimo poema épico que es el *Canto general*, uno de los muy pocos poemas épicos de primera importancia en nuestro siglo”. Cuando lo publica en 1950, Neruda tiene ya una presencia definitiva en el mundo entero. Seguirán otros que confirmarán su lugar en la poesía. Después de *Canto general* vienen otros hermosos libros, como *Odas elementales* y *Extravagario*. “En su obra, vastísima y honda, todo se hace motivo de poesía: tanto Macchu Picchu como las uvas o las cebollas. No olvidemos que Neruda sabe practicar la ironía, más clara que en las obras escritas después de los años 50 que en los libros de juventud y primera madurez”.

Xirau incluye en su antología el poema “Farewell”. Los apartados 1, 2 y 4. Hay que leer para satisfacer esos elementos que inician diciendo que, desde el fondo, se pasa al deslumbramiento verbal, con el determinado “no quiero”, hasta proseguir en su unión de elementos, para volver al amar y al amor divinizado. Permite por ese final humano, desde su corazón, salir adelante por ese imponente yo, a la vez resulta perturbador para decir adiós. No fue sino hasta cotejar en la *Antología general*, la edición Conmemorativa, esta lectura en un solo giro: desafiar el encuentro con el poema y sortear un detalle que resulta menor, en realidad. Aquella primera vez que lo leí completo fue en la antología de Xirau y no me daba cuenta del todo, ya que las cuatro secciones embrujan, desafían y determinan su esencia. El desafío de imágenes estaba presente. Pues resulta que Xirau incluye todo el poema, pero el duende de las erratas sucedió a la manera de lo que señalaba Alfonso Reyes. Rindiendo homenaje al libro con erratas, se omitió en el poema anotar el número 3 y el 4 de las secciones respectivas. Su lectura como embrujo al desafío fue que del uno se salta al 2 y de éste se va hasta el

4, y finalmente cierra con el 5. Así que el famosísimo: *Desde el fondo, pasando por ya no lo quiero...*, y terminar con *amo el amor de los marineros...*, y cerrar ese encuentro tutelar: *amo el amor que se repite...* para, ahora sí, con el verso inequívoco de todo cuanto de respuesta tenga este verso ante su lectura: *Ya no se encontrarán mis ojos con tus ojos*. ¿Quién de nosotros, si lee el poema en la primera juventud, lo olvida? La poesía debería ser, como dice José Emilio Pacheco, anónima. Un día debería ser colectiva y el autor nadie. Este poema de Neruda estoy seguro de que casi lo logra. Todo se escribe entre todos o ¿cómo era? Neruda es el fundador. Por eso, también resulta imposible olvidar ciertos poemas de su primera etapa.

Para una lectura dividida en tres o cuatro estaciones o tiempos, hay que tener presente el ensayo de Amado Alonso: *Poesía y el estilo de Pablo Neruda*. Estudio que salió al encuentro del lector en vida del poeta, cuando Neruda había publicado por lo menos los títulos esenciales *Residencia en la tierra* y *Crepusculario*. Las correcciones y sucesivas revisiones de esta obra fueron a la par del encuentro y de la evolución de la poesía. Alonso no dejó de observar esa evolución lírica; enriqueció sus reflexiones con pasión y rigor, con una penetración de lo que era posible revisar; supo detectar, a partir de lo previamente analizado la aparición de cambios, rupturas y encuentro con otras etapas. Es el suyo un estudio amplio y apasionado, distante de la persona física, apegado a la escritura y su estilística, para que el tema central sea siempre la poesía. Que se sepa, un poeta en vida pocas veces es acompañado por un análisis tan penetrante, puntual a la par de su evolución para confirmar una poética. Alonso fue siguiendo cada paso de su evolución y esclareciendo su poética. Y Neruda lo supo en vida.

La madurez plena de Neruda, irrefutable, fue hacia la década de los sesenta y rebasa las seis décadas de vida. En ese equidistante encuentro de su poesía, el crítico español también le otorga equilibrio a su condición de erudito analista de la poesía en lengua española. Otros poetas también han merecido, por supuesto, el análisis y rigor que experimentó Neruda. Lo que

quiero señalar es el puntual encuentro de una obra en particular, que es suma y unidad de esa penetración de análisis basada en la voluntad del diálogo. Hacia el final de la vida, cada uno a su manera, tuvo la suerte de definir su encuentro con la poesía: Neruda escribiéndola; Alonso analizando sus obras y los poemas. La escritura, en ambos, es diálogo.

A partir de esto suceden otros momentos claves para la revisión crítica de la poesía de Neruda. Hay que decir, primero, que quien inauguró los estudios nerudianos ha sido Alonso. Después vienen otros momentos claves de interpretación y lectura rigurosa, que no se pueden explicar separados, sino por la voluntad de encuentro y continuidad. *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, es el encuentro, la inaugural pasión de los estudios. De inmediato está Ángel Flores con sus obras claves como editor y crítico: *Aproximaciones y nuevas aproximaciones a Pablo Neruda*. Sin dejar de observar su tiempo, su generación, y siempre nutriendo el diálogo con el poeta, fue penetrante en ese decir de la escritura que es reflexión, crítica y análisis. Es la que nos permite reconocer las huellas del actual momento, encabezada ahora más bien por Hernán Loyola, poniendo al frente sus estudios, compilaciones y análisis; penetrantes como aquéllas, y novedosas por lo que han alcanzado a reflejar: la edición de las obras completas en 5 volúmenes para reunir la poesía y toda la prosa. Así que, con rigor y entendimiento, hay que señalar que estas tres coordenadas llevan a una bibliografía nerudiana tan diversa como voluminosa, original como réplica: la huella del poeta es inagotable incluso medio siglo después de su muerte. Toda biografía es literaria y humana, y donde estuvo Neruda hay huella. Pero se ocupa tejer esa red que encierra su poesía, señalar el encuentro verbal, el discurso y continuar el diálogo.

Pero hay que ir cerrando la brecha y resumir la excepcional presencia de la *Nerudiana dispersa*. Llama la atención, de entrada, el rico ejercicio compilatorio alimentado entre prosa y verso, para llenar y sumar en dicho volumen una riqueza poética que rebasa las mil páginas. Al leer esta parte de la obra de Neruda, hay que señalar que están presentes textos que son a un tiempo

la clave de lo sucedido en su existencia, el tiempo transcurrido, la suma de ciertas fechas sucesivas para conocer mejor su vida pública y privada. A la manera de Pacheco, podría decir que, ya sin el nombre de su autor, ésta es una obra clásica, colectiva y de autor anónimo; pero inconfundible por el estilo, por ese rigor poético netamente nerudiano.

Desde la revisión del índice es un encuentro con todo y nada a la vez. Están presentes los primeros poemas y el salto a las huellas tempranas de su escritura. Casi todos los poemas del escritor juvenil, así como el registro del ingreso a la primera etapa de la vida adulta, son un eco, un diálogo y un aprendizaje de quien escribe con el impulso del primer fervor. Loyola estableció con acierto momentos fundamentales de la escritura temprana de Neruda. Al recuperar para sus lectores el primer recado escrito a la manera de un poema, regala una revelación que es ya en sí misma un clásico. Todo inicia desde *Los cuadernos de Nefthalí Reyes*, que escribió entre 1918 y 1920, así como *El cuaderno 3 de Helios*, para seguir y llegar a *Un hombre anda bajo la luna* de 1919-1922. ¿Qué dice en realidad ese torrente de sus primeros años, en que fue escribiendo verso y prosa? Creo que pasa con Neruda lo que mucho temía Octavio Paz de sus primeras composiciones, al decir que, si bien él no los publicaba en vida, los estudiosos e investigadores un día los desempolvarían, sucedería la edición, y que esto era inevitable.

Esto sucedió con esa parte de la escritura temprana de Neruda. La diferencia, si cabe hacerla, es hasta sustancial con respecto a otros poetas en lengua española: y es que tuvo la suerte de encontrar tras su muerte un editor para estos tiempos, como lo ha sido Loyola. El resumen inmediato, como él mismo lo dice, es “trazar y razonar una historia mínima de los textos dispersos de Pablo Neruda”; a modo de introducción: supone tener en cuenta el paralelo despliegue de los textos admitidos en sus libros canónicos (vale decir, las compilaciones organizadas y tituladas por el poeta mismo). Hay una relación constante entre los dos itinerarios, porque ambos se nutren de la evolución biográfica del común autor, en el sentido que Neruda resumió al

comienzo de una lectura de sus poemas, regresando de México en 1943: “Si ustedes me preguntan qué es mi poesía debo decirles: no sé; pero si le preguntan a mi poesía, ella les dirá quién soy yo...”. Por el rumbo de los textos en prosa, mayor puede ser la atracción cuando se trata de su visión de Federico García Lorca, Quevedo, Góngora, y de la serie de textos que son a la vez discursos o reflexiones por el rumbo de la poesía. O piezas autobiográficas donde escribe sobre momentos claves de su vida (los de carácter político son un punto y aparte).

Desde el 16 de agosto de 1940, Neruda había llegado a México. Había sido nombrado cónsul general por el gobierno de su país. Para entonces, era ya un poeta de renombre; su escritura había pasado por momentos decisivos, dando a la luz títulos fundamentales, como *Residencia en la tierra*. Pocos meses atrás, el estudioso Amado Alonso, en Argentina, había publicado *Poesía y estilo de Pablo Neruda*. Federico García Lorca había dicho de él: “Y digo que os dispongáis para oír a un auténtico poeta, de los que tienen sus sentidos amaestrados en un mundo que no es el nuestro y que poca gente percibe. Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía, más cerca del dolor que de la inteligencia, más cerca de la sangre que de la tinta”.

## II

### *La presencia de Neruda en Morelia*

Mucho es lo que se habla de Pablo Neruda en Morelia. Poco o muy poco lo que se ha documentado de sus cuatro visitas. En realidad, la información de la agenda desarrollada es escasa. Pero resulta común recordar por lo menos palabras suyas extraídas del par de discursos que pronunció en la ciudad, confundiendo entre el primero y el segundo. Es común que no se tenga el cuidado en su lectura, ni en la revisión de uno y otro. Aclaremos: son dos, y no uno, los discursos de Morelia. El segundo, pronunciado con motivo de la recepción del grado *Doctor Honoris Causa* en la Universidad Michoacana, suele confundirse de forma involuntaria con el de 1941. Hay una distancia de apenas dos años entre uno y otro, y quizá esa cercanía provoque

que en los hechos parezca tratarse de uno solo. No es así. En ambos, su escritura parece acontecer desde la poesía. Neruda aclara que quien primero le habló de la ciudad de Morelia fue Rafael Alberti, mucho antes de visitarla por vez primera. Este dato no lo olvidó. La ciudad se le volvió una obsesión. Al final, no fue una sola visita sino cuatro las que, en el transcurso de una década, realizó a Morelia.

Desde la primera visita, Neruda se volvió parte de la ciudad: aquí su personalidad está presente a partir de entonces, inconfundible; su presencia es plena, y podría decirse que la ciudad lo descubrió. Por la lectura de sus poemas y con su presencia misma, cambió el rumbo de las letras para toda una generación de escritores nicolaitas. Esto sucedió bajo su sombra o por su padrinazgo, consolidado como referencia para los siguientes viajes. Regresará por segunda, tercera y cuarta ocasión, en 1943, 1944 y 1949. La última, podemos considerarla fugaz y clandestina.

Por Morelia pasarían, antes y después, varios poetas del exilio republicano español. A casi todos los había conocido Neruda en Madrid o en Barcelona. Rafael Alberti había viajado a la capital michoacana acompañado por su esposa, la también escritora María Teresa León, en 1937; juntos participaron en actividades realizadas en recintos de la Universidad, con sendos recitales. Lo mismo sucedió con León Felipe, que en 1938 figuraba como miembro de La Casa de España en México; con José Moreno Villa, quien estuvo en varias ocasiones en Morelia, por una temporada vivió en Pátzcuaro, y arribó por primera vez a la ciudad en 1939, acompañando a Alfonso Reyes como parte de su comitiva de la Casa de España; con Juan Gil-Albert, quien estuvo en Morelia por el año 1947, invitado por el rector de la Universidad Michoacana para impartir cursos en el verano, y que colaboró con poetas y escritores como los de la revista *La Espiga y El Laurel*; con Pedro Garfias, que estuvo en la ciudad en 1950, para impartir un ciclo de conferencias sobre poesía española contemporánea, y llegó a decir que en Morelia se sentía como en casa. Para el otoño de 1951, Luis Cernuda vino a dictar un ciclo

de conferencias sobre poesía. No español, sino colombiano, el poeta Porfirio Barba Jacob paró también varias veces en la ciudad, volviéndose leyenda urbana en los cafés, ofreciendo exitosos recitales en diferentes espacios culturales y dejando una huella perdurable. María Zambrano también representa para la ciudad una presencia fuerte, una figura intelectual de gran calado que publicó su obra fundamental, *Filosofía y poesía*, en 1939, bajo el sello editorial de la Universidad Michoacana. Algo similar sucedió con Adolfo Sánchez Vázquez, que es aquí donde dio a conocer, a través de las prensas de la Universidad, su única colección de poemas.

La agitación intelectual de Morelia alcanzó por aquellos años presencia nacional con la celebración del cuarto centenario de la fundación del Colegio de San Nicolás. Impartieron cursos y conferencias Alfonso Reyes, Xavier Villaurrutia, Daniel Cossío Villegas y Juan David García Bacca. Larga fue la lista de invitados, entre pensadores fundamentales de la educación y la cultura en lengua española del siglo XX, poetas y escritores. Quien mejor ha documentado esa tradición cultural, educativa, literaria y científica, es el historiador Gerardo Sánchez Díaz en su libro *La presencia del exilio republicano español en la Universidad Michoacana*, obra de referencia obligada para conocer esta etapa de la historia de la ciudad.

El primero en documentar la presencia de Pablo Neruda en Morelia fue Raúl Arreola Cortés, por entonces uno de los editores de la Revista *Pliego*. En las páginas de esta publicación quedó visible, por su plenitud, la huella literaria del poeta chileno. Su contribución resultó a la postre fundamental para conocer las actividades que desarrolló en la ciudad, como parte de la historia literaria de esa década. Arreola Cortés registra, por ejemplo, las visitas en la década del cuarenta, y recupera los dos discursos pronunciados por Neruda, que hoy aquí recobramos. Estos discursos son la síntesis fidedigna de los acontecimientos e impresiones de lo que sucedió como parte de su estadía. Estudiosos posteriores han llegado a decir que Morelia era por

entonces una ciudad vieja y colonial. Recién había celebrado 400 años de su fundación. De las letras y la obra en particular de Neruda, los discursos motivaron la lectura y la reflexión crítica. Con el curso de los años ambos se confirmaron, y son la prueba mayor de su estancia.

Esto sucedió como parte de un itinerario que termina por ser el resumen de una etapa crucial en la vida de Neruda. Los discursos están incorporados al tomo titulado *Nerudiana dispersa*, como ocasión única para el curioso lector que quiera reconocer la huella del poeta. Para mayor claridad, Hernán Loyola generó un apartado con el ingrediente de identidad, que tituló *Entre Michoacán y Punitaqui*.

Las interrogantes que despierta cada una de las visitas de Neruda a la ciudad, por múltiples razones políticas o literarias, son muy interesantes. Está confirmado que, en realidad, fueron cuatro las ocasiones que estuvo en Morelia. Las tres primeras con una apretada agenda por su actividad de militante político y poeta consagrado. Se habla de que, en realidad, la cuarta fue más bien clandestina, y que pasó de forma fugaz; parte de su misterio se ha vuelto leyenda urbana, y alcanza eco de su presencia en otras ciudades michoacanas, como Pátzcuaro y Uruapan. Ante la carencia de fuentes fidedignas y de pruebas documentales mínimas, resulta no sólo lícito sino indispensable dudar de algunos actos que suelen darse por hechos.

La obra de Neruda en la ciudad de Morelia trasciende por la lectura de los poemas que leyó y por los discursos que pronunció. Se conserva el registro de aquellos días para conocer su pensamiento y ubicar parte de su evolución literaria. Estos acontecimientos son hechos dignos de memoria dentro de su biografía personal y su travesía intelectual, así como parte de los anales históricos de la ciudad. Habiendo publicado ya obras como *Residencia en la tierra*, leyó adelantos de lo que estaba preparando para *Canto general*; en particular, se afirma que leyó el poema “América, no invoco tu nombre en vano”, para consolidar toda su realidad de gran expresión épica y decir lírico.

El primer discurso de Neruda en la ciudad lleva por título “A la juventud de Morelia”. Al siguiente día leyó poemas de varios de sus libros en el Aula Mater del Colegio de San Nicolás. Como ya apuntábamos, Arreola Cortés reproduce el discurso y además enlista los poemas leídos durante aquella velada literaria. Sus actividades estuvieron centradas en la literatura, pero sin dejar de lado su activismo social y político. Era ya un testigo de su tiempo, con una sólida obra publicada, múltiples viajes realizados por el continente americano y por Europa debido a su desempeño diplomático, y con una intensa actividad como intelectual. La preparación del discurso debió suceder como parte de esa revelación que encierra su misma personalidad. Después de leído, apareció reproducido primero en la crónica que publicó el periódico *El Nacional* el 22 de octubre de 1941; la segunda vez, en una edición de Arreola Cortés del cuadernillo *Pablo Neruda en Morelia* (1972), que lleva por título “Jóvenes de Morelia”; se le incluyó, según ha sido señalado ya, en el tomo *Nerudiana dispersa* de las Obras Completas, que indica como fuente de procedencia documental a *El Nacional*.

Los poemas leídos corresponden a poemarios como *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *España en el corazón* y el inédito perteneciente a *Canto general*. Entonces leerá el poema que dedica al músico mexicano Silvestre Revueltas, recién fallecido, así como poemas de escritura política: “Canto a Stalingrado” y “El general Franco en los infiernos”. Junto con éstos leerá también “Farewell”, “La canción desesperada”, la “Oda a Federico García Lorca”, “Canto para Simón Bolívar” y “El nuevo Canto”. Un momento estelar de aquella estancia moreliana, fue sin duda el diálogo con los estudiantes del Colegio de San Nicolás y con el público en general que acudió a esa velada inolvidable.

Muchos años después, Marco Antonio Campos recuerda en su texto “Los poemas mexicanos de Pablo Neruda”, que el chileno “visitó Morelia cuatro veces, muy probablemente invitado por refugiados españoles que vivían allí. Hizo amistad con el poeta michoacano Ramón Martínez Ocaranza, quien a

la muerte del poeta de Temuco escribe una elegía saturada de imágenes y resonancias bíblicas (“Elegías a la muerte de Pablo Neruda”). Y comenta que el poeta “conoció asimismo ciudades como Veracruz (menciona Orizaba) donde compuso los dos poemas con sabor a lluvia y a madera australes”.

¿En qué día exacto tuvo lugar aquel evento, llevado a cabo en el Museo Regional Michoacano? Por la fecha y por los datos aparecidos en el periódico *El Nacional*, puede afirmarse que el discurso en cuestión fue leído en el “Salón Morelia” del museo, en el corazón del Centro Histórico, el 10 de octubre de 1941; al siguiente día hubo otro acto, una especie de guardia informal, en el Colegio de San Nicolás. Luego, ya por la noche, Neruda leyó poemas en el Aula Mater del Colegio; según asegura Arreola Cortés, “fue un recital emotivo”, más directo para la ocasión, y su “voz comunicó una emoción especial”, “una novedad inusitada”; informa que ese día “escuchamos de su voz” poemas como “Canto a Bolívar”, “Oratorio menor a Silvestre Revueltas”, “Oda a Federico García Lorca”, así como varias piezas de *España en el corazón* (“Canto a las madres de los milicianos muertos”, “Batalla del río Jarama”, “Paisaje después de la batalla” y “Odas al ejército del pueblo”, según confirmación de Gerardo Sánchez Díaz). Igualmente leyó “El general Franco en los infiernos”. Arreola Cortés consigna asimismo la petición de numerosos jóvenes, quienes prendidos de las imágenes amorosas le solicitaron leer la famosa “Canción desesperada” de *Veinte poemas de amor*. La lectura terminó esa noche con “Farewell”.

Al paso de los años, aquel discurso pronunciado por Neruda en octubre del cuarentaiuno se erige como uno de los que mejor han celebrado a la ciudad, con el añadido de haber sido pronunciado por una voz que se extiende de manera perdurable y central dentro de la mejor tradición de la poesía latinoamericana, hispana, universal. El ya mencionado apartado “Entre Michoacán y Punitaqui” de *Nerudiana dispersa*, describe que “Michoacán significa el poeta—cónsul en México, Punitaqui el poeta senador de los mineros del norte de Chile”, y sentencia

que para Neruda en realidad “fue un periodo de misiones y funciones oficiales que enmarcaron la actividad literaria”. Viajes por el continente americano y Europa, redacción de poemas y textos en prosa que se han vuelto fundamentales.

Esa escritura de Neruda encierra el ejercicio de la memoria personal. Con visión exacta y determinada, deja salir al Neruda poeta que pasa por la ciudad y regresa al encuentro de su prosa con esa visión lírica que le caracteriza. Morelia sale al encuentro pleno con su voz cuando prefiere llamarla “Campana de coral ceniciento”. El discurso encierra sonoridad, y se descubre un lenguaje que de inmediato sobresale por su gran aliento lírico.

El contexto de la segunda visita de Neruda a Morelia es interesante, pues está celebrando dos décadas de publicar poesía. El 17 de agosto de 1943, al recibir el grado de *Doctor Honoris Causa* por la Universidad Michoacana, pronuncia su “Discurso de Michoacán”, cuya lectura nos invita a evocar su voz portentosa, lúcida y apasionada haciéndose oír en el recinto universitario. Empieza con una visión identitaria y de unidad, invitándonos a reflexionar; sugiere que Morelia es parte de su biografía; desde el fondo del corazón la percibe como un cruce territorial, geográfico, entre México y Chile. Reflexiona su presencia en la ciudad y hace un llamado para situar la perspectiva poética individual en una dimensión histórica amplia: “por eso en esta última época mi poesía ha tocado los temas más palpitantes de la guerra, de la gran guerra que es nuestra guerra” y matiza con su estilo esa verdad inconfundible del lenguaje de poeta: “yo he tenido otras flores que celebrar, otras flores matizadas y otros laureles, otros laureles gloriosos que cantar...”. Para llegar a la síntesis que arropa todo ese humanismo, se define como “un poeta que no ha tenido otro destino sino el de ser un hombre de su época”. Ante lo “demasiado humano”, su principal espada, incluso tratándose de las batallas políticas, era defenderse siempre con la poesía, desde el corazón de América. En este, su segundo discurso moreliano, Neruda se permite licencias, como asegurar que es a un tiempo michoacano y austral. Poeta de “la ciudad de cantera y nube”, como lo quería Tomás Rico Cano.

Por aquellos días, había en la Universidad Michoacana un ambiente de radicalismo activo; la comunidad estudiantil facilitaba condiciones e incidía en designaciones. Ese mismo año había recibido reconocimiento el dirigente sindical y político mexicano Vicente Lombardo Toledano. La designación de Neruda con el grado académico *Honoris Causa* tuvo lugar en sesión del Consejo Universitario el 12 de agosto de 1943, y se acordó entregárselo el 17 de agosto, en el Aula Mayor del Colegio de San Nicolás. Quien presidió el acto era entonces un joven solemne y serio, maestro universitario, con vocación de escritor e inquieto intelectual de firmes convicciones políticas: David Franco Rodríguez. Para la ocasión, acompañaron a Neruda en la ceremonia su esposa Delia del Carril, la pintora Mireya Lafuerte, el secretario de la embajada chilena en México Julio Fuensalida, el poeta moreliano —radicado en la Ciudad de México, fundador de la revista *América*— Marco Antonio Millán, así como el señor Enrique de los Ríos y su esposa. Ya por la noche, en velada especial algunos jóvenes leyeron poemas, y Neruda, como deferencia a sus anfitriones, leyó el poema “América, no invoco tu nombre en vano”. Así, pues, desde tierras michoacanas se consumó un elogio distintivo, continental, por el poeta: “cuando por las ventanas/ un nuevo día tuyo me penetra, / soy y estoy en la luz que me produce”.

Tres discursos fueron pronunciados en aquella ocasión. Primero que nada, el del propio Neruda, difundido como parte de la memoria de sucesos culturales; es común que sus lectores y estudiosos lo citen para rememorar su estancia mexicana. Pero resultan también memorables los de Franco Rodríguez y Ramón Martínez Ocaranza. El primero interviene por su condición de profesor y como presidente del Consejo Universitario. El segundo, como poeta; al transcurrir los años terminaría consolidando una obra importante para su generación y las venideras.

El entorno para recibir a Neruda resulta digno de recordar. Sus libros habían aparecido publicados no sólo en España y Chile, sino en varias editoriales del resto de Latinoamérica, por

lo que en la ciudad era bien leído y muy celebrado. Lo que como testigo refiere Arreola Cortés es parte de nuestra memoria viva. Nos aproxima a momentos clave de la vida universitaria, a las múltiples actividades literarias de la ciudad, a la privilegiada presencia de éste y otros visitantes notables, como Porfirio Barba Jacob y Rómulo Gallegos. Resulta imprescindible su labor de editor y promotor de las letras en la Universidad, la ciudad y la tradición mexicana, guardando memoria de días y momentos estelares para las letras michoacanas. Es por eso interesante ir a las páginas de la revista *La Espiga y El Laurel*, donde publicó “Cinco poetas en Morelia”. Llama la atención el apartado donde rememora la presencia de Neruda, y registra lo acontecido: “con ese motivo escuchamos un magnífico discurso de Ramón Martínez Ocaranza; otro de David Franco Rodríguez, muy bueno también. Y el magistral trabajo de Pablo en que puntualizaba poéticamente la responsabilidad del escritor americano frente a los problemas de aquel momento: ‘América es hija de la libertad y debe estar donde por la libertad hecha’”. Después del acto, la convivencia se prolongó “en el restaurante del Hotel Valencia, un grupo de sus amigos le ofrecimos una cena, al final de la cual hubo juegos florales, de los cuales fueron mantenedores el propio Pablo y su inteligente esposa”, y en ese orden “se leyó y comentó, entre otras cosas, *Al pan pan y al vino vino*, de la hoy en receso forzado Editorial Torito...”; y precisa: “La huella que Pablo dejó entre nosotros nos une, nos aproxima, nos estimula...”.

Cuando ya habían sucedido tres visitas de Neruda a Morelia, hacia el mes de octubre de 1945, la revista *Pliego* (donde figuran como editores responsables el mismo Arreola Cortés, Enrique González Vázquez y Tomás Rico Cano) publica el discurso pronunciado en el Colegio de San Nicolás, dándolo a conocer con un título célebre para la tradición mexicana: “Mis gloriosos Laureles”. De inmediato se percibe el eco musical de las palabras nerudianas: “Desde el fondo original de México, florido y aguerrido, siempre me llamó Michoacán, esta región intacta del silencio...”; en 1999 se publicó en los Cuadernos de la Fundación Neruda con el título “Discurso de Michoacán”; en 2018, en el volumen *Deber de Plenitud* publicado

por el Ayuntamiento de Morelia con motivo del centenario de la Universidad Michoacana, se incluye acompañado de una foto donde Neruda posa con estudiantes universitarios en la Rotonda de la Reforma, junto a la Casa de Cristal.

Se puede decir que las últimas dos visitas de Pablo Neruda a Morelia son a la vez sencillas y enigmáticas, perdurables y clandestinas. Marcadas siempre por la poesía, pero condicionadas en este caso por su actividad militante. Para 1944 se encuentra en la antesala de acceder a un puesto por la vía electoral, como senador de su país; para 1949 ha sido desahogado de su cargo, es prófugo de sus adversarios políticos que lo quieren en la cárcel, y lleva una existencia próxima a la clandestinidad, sin dejar nunca rastro exacto de sus estancias para evitar ser capturado. En ese orden, hay que recapitular que, para el mes de septiembre de 1944, un Neruda ya separado de su investidura de Cónsul visita Michoacán por tercera ocasión: además de Morelia, se tiene noticias de que estuvo en ciudades como Pátzcuaro y Uruapan. En Morelia tuvo una reunión de amigos en el hoy ya desaparecido Hotel Valencia. Todo de manera informal: se bebió y se comió (más lo primero que lo segundo, según el testimonio de Arreola Cortés). En esta velada Neruda departió con el poeta michoacano Jesús *Chino* Sansón Flores, así como con otros varios amigos de las anteriores estancias, quienes lo seguían frecuentando y aprovechaban estas visitas relámpago para procurarlo. Neruda no leyó nada de su poesía esa noche; la velada estuvo amenizada por poetas como Marco Antonio Millán, y algunos de los autores que al siguiente año fundarían la revista *La Espiga y El laurel* (donde a su turno llegarían a colaborar personalidades como Alfonso Reyes, Juan Gil-Albert y Pedro Garfias): Ezequiel Calderón, Carlos Arenas y Alfonso Espitia. Arreola Cortés señala que, para rematar aquella penúltima velada nerudiana, todos partieron evocando un verso de Porfirio Barba Jacob “a llorar el milagro del lirio del alba”.

La cuarta y última visita de Neruda a Morelia tuvo lugar en 1949. Eran las vísperas de la primera edición de *Canto general*, ya en marcha y al cuidado del poeta español radicado en México

Juan Rejano, entrañable amigo del poeta desde los tiempos de la guerra civil española. Arreola Cortés precisa, sin dar la fecha exacta, que “Neruda vino a beber el vino y el paisaje de Michoacán”. Pasó por la ciudad apenas con el tiempo suficiente para saludar a algunos amigos, entre el caer del agua y el sollozar hacia el cielo, sellando su perdurable, profunda huella entre los poetas y escritores locales: la tradición nerudiana de Morelia, o la tradición moreliana de Neruda.

De las estancias del poeta en Michoacán, queda en su libro de memorias *Confieso que he vivido* la evocación de “el humo de la pequeña isla de Janitzio, y el olor de maíz maguey, que sube por Jalisco, y el azufre del nuevo volcán del Paricutín juntándose a la humedad fragante de los pescadores del lago de Pátzcuaro”. De la visita en 1949, una invitación para “Un Café de Homenaje al Poeta Pablo Neruda”, seguido de las siguientes líneas sacadas de *Crepusculario*: “Quiero saltar al agua, para caer al cielo”. Uno de los poemas que ahí leyó, en homenaje a la ciudad de los párpados rosados —como con anterioridad había atinado a definirla—, es un canto al vino y a la amistad, incorporado luego a *Canto general*: “Vino de primavera... vino de otoño, dadme / mis compañeros una mesa en que caigan / hojas equinocciales, y el gran río del mundo / que palidezca un poco moviendo su sonido/ lejos de nuestros cantos. Soy un buen compañero”. Terminó la velada con “Viaje por la noche de Juárez”.

Terminemos nosotros citando las siguientes palabras de Marco Antonio Campos: “De los escasos sitios que le restituyeron imágenes de la región austral donde pasó la infancia y la adolescencia fue Michoacán. Esto lo evoca en el discurso de recepción del doctorado *Honoris Causa* que le otorgó la universidad del estado: “Tal vez la belleza de esta tierra, su derramada sombra verde, halla en lo más profundo de mi ser un paisaje parecido, el territorio austral de Chile, con lagos y con cielos, con lluvia y con flores salvajes, con volcanes y con silencio”.

Rafael Calderón.

*Morelia-León, a 17 de agosto del 2023*

II

DISCURSOS Y POEMAS

[Antología]



## DISCURSOS



Tenía yo ganas de conocer vuestra ciudad famosa que Alberti me describiera como una gran flor rosada y que es más bien una campana de coral ceniciento levantando su acorde puro entre las colinas y las praderas verdes. La quise conocer como se quiere entrar en las ciudades dormidas de la selva, una Morelia dormida en el agua del tiempo: una ciudad vacía bajo cuyos portales, sobre cuyos atrios legendarios sólo pasaron las sombras centenarias de los dioses y de los héroes. Pero desde hoy hago la adquisición de vuestra existencia, jóvenes fraternales, y sé que, desde ahora, en mi recuerdo no estarán vacíos los bosques ni las bellas piedras monumentales, sino pobladas por el fuego, por la juventud, por la esperanza, por lo que sois y seréis, por el espíritu que defendéis con vuestra presencia en esta sala en torno de un hombre que no busca otra manera de ser grande que la de ser humano.

Comenzáis a vivir en la angustiosa era decisiva de dos mundos. Dos grandes países titánicos, los más grandes de nuestro planeta, se han trabado en lucha mortal. Uno de ellos lucha por mantener el odio de razas y hombres; el otro por levantar a los esclavos, por dignificar la vida. Uno de ellos hizo de los libros una gran hoguera; el otro terminó una tiranía y de sus ruinas hizo millones de libros. El jefe de uno de ellos dijo como lema: “Cuando oigáis la palabra cultura sacad el revólver”, y el otro jefe de Estado aquel mismo día dejó un laurel rojo en la tumba de Alejandro Pushkin. Así pues, para vuestra patria, para vuestro pueblo, para el mundo que os tocará vivir, tenéis bien trazadas y diferenciadas con sangre, las rutas que debéis elegir.

Que mi paso entre vosotros, jóvenes y fraternales corazones, os ayude a caminar desde las nobles piedras de Morelia, por la ruta del conocimiento, de la inteligencia, de la cultura, hacia la fraternidad final entre todos los hombres. -

*Palabras pronunciadas durante la recepción en el “Salón Colonial” del Museo Regional Michoacano, de Morelia, Michoacán, crónica en El Nacional, México, D. F., 22-10-1941, y en el folleto: Pablo Neruda en Morelia, de Raúl Arreola Cortés, Ediciones Casa de San Nicolás, año 1972; mismo discurso en Obras Completas, volumen IV, Nerudiana dispersa I, 1915-1964, edición de Hernán Loyola. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, colección Opera Mundi. Barcelona, España, 2001.*

Desde el fondo original de México, florido y aguerrido, siempre me llamó [la atención] Michoacán, esta región intacta del silencio que levanta una copa de esmeralda y ahora una copa de fuego, hacia los lentos algodones celestiales de su atmósfera incomparable. Tal vez la belleza de esta tierra, su derramada sombra verde, halla en lo más profundo de mi ser un paisaje parecido, el territorio austral de Chile, con lagos y con cielos, con lluvia y con flores salvajes, con volcanes y con silencio: el paisaje de mi infancia y de mi adolescencia. Tal vez volvió a encontrar mi corazón errante la silueta de luz y sombra que huye y perdura, el idioma de las hojas mojadas, el alto ejemplo de las puras campiñas.

Pero otras cosas me hicieron amar a Michoacán. Vuestros héroes antiguos, que hablan aún por los caminos de una edad sumergida, edad que empapa las raíces de vuestra juventud con un soplo de rebeldía, de independencia y de libertad que la hace brillar desde lejos, como si tuviera una lámpara junto a la cabellera; vuestra ciudad señorial de rosa y de ceniza, vuestra antigua raza tarasca que produjo la más noble escuela de escultura de América, los tejidos y los peces, el Acueducto y Morelos, el agua de los lagos y Ocampo, los montes y Lázaro Cárdenas.

Todo eso me lo traían las grandes campanas de Morelia con su ronca voz que, atravesando las otras tierras fraternales, llegaba a mis oídos en donde estuviera.

Por eso vuestro llamado fraternal, la alta y solemne acogida en este claustro, la dignidad que ponéis en mis manos, es recogida por mí con una devoción inextinguible. Si no

fuera por las profundas ramas de sangre que os atan a una construcción infinitamente delicada en el pasado, si no fuera por esa singularidad esencial que produce en vosotros las mejores vibraciones de la patria mexicana, no diría que hoy dais la mano a un extranjero sino a un michoacano austral, de otra latitud lejana. Pero cuántas veces he pensado que si bien conocemos dónde comienza México, muy mal sabemos dónde México termina. La piel de América, la carne turbulenta de nuestra América comienza con el Río Grande, se hace una cintura en América Central para que dos mares hagan saltar su espuma sobre las ardientes palmeras, se ensanchan luego como una gran cadera, se rompe de pronto con nuestro río general, el caudaloso Amazonas, padre de todos los ríos, se levanta en bloques de diamante y de plata por el Perú solar, se extiende como un vientre fecundo en nuestras pampas argentinas, y termina despedazándose en mi patria más allá de Magallanes, más allá de las últimas tierras frías del continente y del mundo, entre las olas antárticas.

Sí, la piel de México corre y se difunde, se corta y se eleva, se enciende y se enfría, pero es la misma piel de América, la misma corteza oscura bajo la cual arden los mismos fuegos, corren las mismas aguas y se desgrana nuestro mismo lenguaje.

Por eso las heridas que se despiertan en un sitio, las ofensas que tocan cualquier parte escondida de nuestro continente, se reparten de inmediato por todo nuestro cuerpo. Pero los gritos de libertad y ansiedad de nuestros hombres también se propagan sobre nuestra materia americana con la misma comunidad avasalladora. En 1810 Hidalgo y O'Higgins hablan casi al mismo tiempo a través de miles de kilómetros de extensión inaudita. Pasados más de cien años los movimientos políticos antifascistas encuentran en nuestra América igual espontaneidad unitaria. Después de esta gran guerra tengo la certidumbre de que los movimientos de liberación de los pueblos encontrarán en nosotros sus más poderosas corrientes de seguridad.

Pero así como me guía una observación positiva al vaticinar, esperar y prometer una mayor unidad histórica en el futuro, no participo de un americanismo sin profundidad y sin dolor, que escuchamos a cada paso, y que tiende a mostrarnos nuestro continente como una tierra sin problemas, como un paraíso encontrado o vuelto a encontrar por los hombres de Europa.

Esto se debe a la sensación pacífica que damos lejos de las sangrientas llanuras en que Europa se deshace. Esto se debe a un concepto egoísta, quimérico y engañoso, que quiere alejarnos a la vez de nuestras amargas certidumbres, y de las causas humanas y universales en las que América siempre participó.

En esta piel única y adorada de nuestra América, en esta epidermis morena, de trigo y minerales, de maíz y de sangre, de que os hablaba hace algunos minutos, en esta contextura sagrada de geografía y de responsabilidades, hay manchas como terribles pústulas, hay aún servidumbre y miseria. Pequeños grupos crueles de nuestra misma sangre manejan aún el látigo de los mayores, sobre su misma especie, que es la nuestra. Naciones que conoceréis progresistas y limpias, avanzadas y decorosas, por arte y milagro de las reuniones panamericanas son en realidad triste resabio de oligarquías fraudulentas, presas de nuevos encomenderos. Estos nuevos encomenderos desprecian a sus pueblos como en otra hora la hicieron en México, hasta que la Revolución los despertó en medio de la noche transcurrida. En otros pequeños países que acostumbramos a llamar hermanos desde hace años no hay voluntad más que la de un caudillo criminal y temible. En esos países no existe ni poesía ni libertad. En uno de ellos el tirano cambió hasta el nombre de la ciudad capital, nombre viejo y venerado de todos los americanos, por su propio nombre insignificante si no fuera vil. En otros países aún mayores que México, defensores de la libertad cuyos nombres alientan la esperanza de los combatientes de China y de la Unión Soviética, permanecen en prisión por la voluntad de pequeños poderosos cuyos nombres serán de inmediato olvidados cuando dejen de apretar los dedos en torno al cuello de la patria que los vio nacer. En otros grandes países de América, generales recién

sublevados comienzan a quemar libros, encarcelar a miles de hombres, y a conducir a sus pueblos al martirio.

Cuando pensamos como americanos, cuando en esta vieja ciudad condecorada por el pensamiento y por la libertad recibimos, como hoy recibo, el mejor laurel, el de la fraternidad de nuestra vida americana, pensemos en la extensión que las brillantes luces de esta sala y las conciencias puras de esta sala, no alcanzan a iluminar. Así como pensamos en lo brillante y fértil de nuestra comunidad, dejemos un juramento en el silencio grave de esa otra América más hermana cuanto más dolorida. Dejemos el juramento de fundamentar nuestro destino de americanos en forma total, haciéndonos cargo de la felicidad de nuestras plétóricas regiones y del término de tantas agonías.

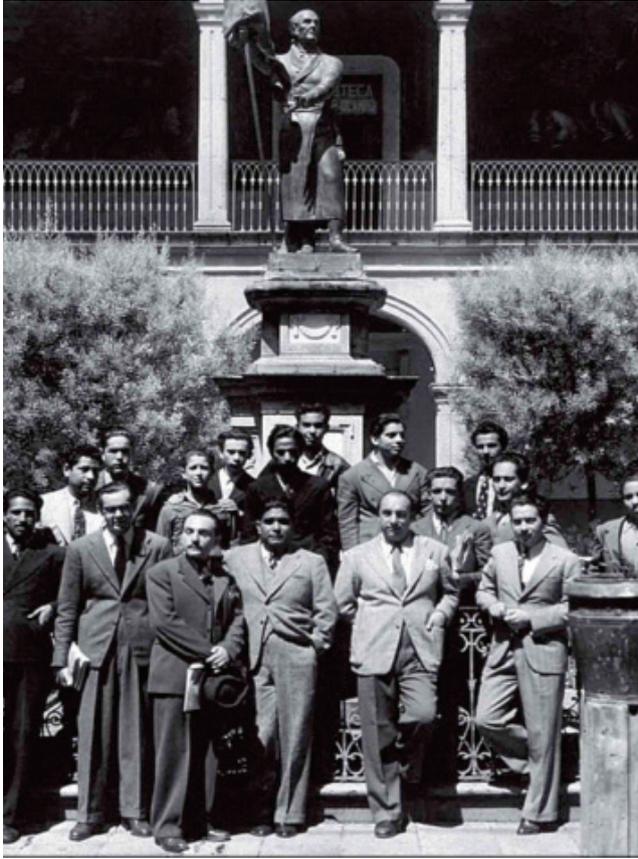
A los que en forma tenaz hablan de América para elogiar nuestro prodigioso aislamiento geográfico digámosle: América es hija de la libertad y combate donde por la libertad se combate. La terrorífica amenaza de los conquistadores nazi-fascistas no fue para nadie tan grave como para nosotros los americanos. Si otras naciones iban a perder poderío y esplendor nosotros íbamos a perderlo todo: estábamos destinados a ser los más nuevos esclavos, los semi hombres para la nueva y grande Alemania. Racialmente despreciados, infinitamente codiciados como producción y como carne barata en el nuevo e inmenso mercado de la esclavitud que los nazis prepararon, éramos nosotros las verdaderas víctimas soñadas por los terribles terroristas de la edad moderna. Por eso en esta última época mi poesía ha tocado los temas más palpitantes de la guerra, de la gran guerra que es nuestra guerra. He decepcionado a muchos que hubieran querido de mí un compañero más en la fiesta de las flores. Yo he tenido otras flores que celebrar, otras flores martirizadas y otros laureles, otros laureles gloriosos que cantar.

Hasta aquí amigos de hoy, de ayer y de siempre, el recodo que he hecho al agradecer la distinción que habéis destinado a un poeta que no ha tenido otro destino sino el de ser un hombre de su época, y por eso demasiado humano. A los poetas nunca

nos quedó bien en la cabeza la corona de laureles, esa corona hecha de falso laurel y de falso bronce que marcaba al que se la entregaban como un pequeño histrión en la farsa de las épocas... A nosotros los poetas se nos condecoró mejor con el destierro o con el largo silencio de las edades. Cuando vosotros, nobles amigos, os habéis acordado de valorizar con vuestra dignidad mi poesía y mis combates, no tengo la impresión de recibir una falsa corona, sino una espada para seguir defendiendo el corazón de América.

*Discurso pronunciado en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, Michoacán, México, el 17 de agosto de 1943, al recibir el grado de Doctor Honoris Causa. En Raúl Arrela Cortés, Pablo Neruda en Morelia. Ediciones Casa de San Nicolás, Morelia, 1972; en Cuadernos de la Fundación Neruda, núm. 39, Santiago, 1999; en Obras Completas IV, Nerudiana dispersa I, 1915-1964. Edición de Hernán Loyola, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Colección: Opera Mundi. Barcelona, España, 2001.*





El poeta Pablo Neruda acompañado por el rector Victoriano Anguiano, Adolfo Sánchez Vázquez, Epigmenio Avilés y estudiantes nicolaítas al pie del monumento a Hidalgo en el Colegio de San Nicolás., año 1941.

IIIH- Fondo Dr. Gerardo Sánchez Díaz



El poeta Pablo Neruda, acompañado de estudiantes universitarios en la Rotonda de Reforma, junto a la Casa de Cristal, 1941.

IIIH- Fondo Dr. Gerardo Sánchez Díaz.

**NICOLAS DE HIDALGO**

**UNIVERSIDAD MICHOACANA DE SAN**

**"EL JOVEN QUE EN ESTA  
HORA NO COMBATE, ES  
UN COBARDE".**

★

**"NACI PARA CANTAR  
A STALINGRADO.**

★



**El Gran Poeta Americano**

**PABLO NERUDA**

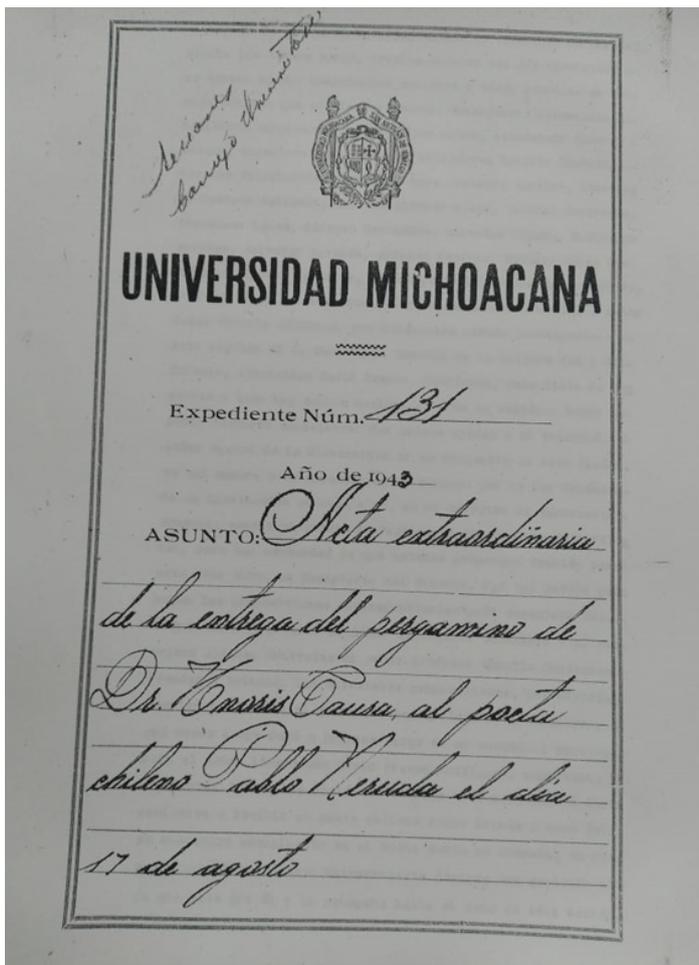
**Recibirá el grado de Doctor Honoris  
Causa que el H. Consejo de la Univer-  
sidad Michoacana le ha conferido.**

**Solemne acto en el Colegio de San Nicolás,  
el día 17 del actual, a las 20 horas.**

**Morelia, Mich., a 16 de agosto de 1943.**

Cartel del programa para recibir el grado de Doctor Honoris Causa que el H. Consejo de la Universidad Michoacana le ha conferido. Morelia, Mich., a 16 de agosto de 1943.

IIH-Fondo Dr. Gerardo Sánchez Díaz



Portada del Acta de Sesión del Consejo Universitario de la Universidad Michoacana; 17 de mayo de 1943.  
III- Fondo Dr. Gerardo Sánchez Díaz.

Pablo Neruda, con visible emoción le dió un cordial abrazo como palpable demostración de agradecimiento y cariño hacia esta Casa de Estudios.- En seguida se ejecutó una selección musical y tan luego como ésta terminó, el poeta chileno Pablo Neruda, se puso de pie para pronunciar las palabras siguientes: " Sr. Lic. Franco Rodríguez, querido Martínez Ocaranza, profesores y estudiantes de la Universidad de San Nicolás de Hidalgo: Desde el fondo original de México florido y aguerrido siempre me llama Michoacán, esta región intacta del silencio que levanta una copa de esmeralda y, ahora una copa de fuego, hacia los lentos algodones celestiales de su atmósfera incomparable. Tal vez la belleza de esta tierra, su derramada sombra verde, halla en lo más profundo de mí ser un paisaje parecido, el territorio austral de Chile, con lagos y con cielo, con lluvia y con flores salvajes, con volcanes y con silencio; el paisaje de mi infancia y de mi adolescencia. Tal vez volvió a encontrar mi corazón errante la silueta de luz y sombra que huye y perdura, el idioma de las hojas mojadas, el alto ejemplo de las puras -- campañas.- Pero otras cosas me hicieron amar a Michoacán. - Vuestros héroes antiguos, que hablan aún por los caminos de una edad sumergida, edad que empapa las raíces de vuestra juventud con un soplo de rebeldía, de independencia y de libertad que lahace brillar desde lejos, como si tuviera una lámpara junto a la cabellera; vuestra ciudad señorial de rosa y de ceniza, vuestra antigua raza tarasca que produjo la más noble escuela de escultura de América, los tejidos y los peces, el Acueducto y Morelos, el agua de los lagos y Ocampo, los montes y Lázaro Cárdenas.- Todo eso me lo traían las grandes campanas de Morelia con su ronca voz que atravesando las otras tierras fraternales llegaba a mis oídos en donde estuviera. Por eso vuestro llamado fraternal, la alta y solemne acogida en este claustro, la dignidad que hoy poneis en mis manos, es recogida por mí con una devoción inextinguible. Si no fuera por las profundas ramas de sangre que os atan a una construcción infinitamente delicada en el pasado, si no fuera por esa singularidad esencial que produce en vosotros las mejores vibraciones de la

Página del Discurso al recibir el *Honoris Causa* Pablo Neruda de la Universidad Michoacana, año 1943.  
IIIH - Fondo Dr. Gerardo Sánchez Díaz.



POEMAS



A SILVESTRE REVUELTAS, DE MÉXICO, EN SU MUERTE  
(ORATORIO MENOR)

Cuando un hombre como Silvestre Revueltas  
vuelve definitivamente a la tierra,  
hay un rumor, una ola  
de voz y llanto que prepara y propaga su partida.  
Las pequeñas raíces dicen a los cereales: “Murió Silvestre”,  
y el trigo ondula su nombre en las laderas  
y luego el pan lo sabe.  
Todos los árboles de América ya lo saben  
y también las flores heladas de nuestra región ártica.

Las gotas de agua lo transmiten,  
los ríos indomables de la  
Araucanía ya saben la noticia.

De ventisquero a lago, de lago a planta,  
de planta a fuego, de fuego a humo:  
todo lo que arde, canta, florece, baila y revive,  
todo lo permanente, alto y profundo de nuestra América lo  
acogen:

pianos y pájaros, sueños y sonido, la red palpitante  
que une en el aire todos nuestros climas,  
tiembla y traslada el coro funeral.  
Silvestre ha muerto, Silvestre ha entrado en su música total  
en su silencio sonoro.

Hijo de la tierra, niño de la tierra, desde hoy entras en el  
tiempo.

Desde hoy tu nombre lleno de música volará cuando se toque  
tu patria, como desde una campana,  
con un sonido nunca oído, con el sonido de lo que fuiste,  
hermano.

Tu corazón de catedral nos cubre en este instante, como el  
firmamento,  
y tu canto grande y grandioso, tu ternura volcánica,  
llena toda la altura como una estatua ardiendo.  
Por qué has derramado la vida? Por qué  
has vertido  
en cada copa tu sangre? Por qué  
has buscado  
como un ángel ciego, golpeándose contra las puertas oscuras.  
Ah, pero de tu nombre sale música  
y de tu música, como de un mercado,  
salen coronas de laurel fragante  
y manzanas de olor y simetría.

En este día solemne de despedida eres tú el despedido,  
pero tú ya no oyes,  
tu noble frente falta y es como si faltara  
un gran árbol en medio de la casa del hombre.

Pero la luz que vemos es otra luz desde hoy,  
la calle que doblamos es una nueva calle,  
la mano que tocamos desde hoy tiene tu fuerza,  
todas las cosas toman vigor en tu descanso  
y tu pureza subirá desde las piedras  
a mostrarnos la claridad de la esperanza.

Reposa, hermano, el día tuyo ha terminado,  
con tu alma dulce y poderosa lo llenaste  
de luz más alta que la luz del día

y de un sonido azul como la voz del cielo.  
Tu hermano y tus amigos me han pedido  
que repita tu nombre en el aire de América,  
que lo conozca el toro de la pampa, y la nieve,  
que lo arrebate el mar, que lo discuta el viento.

Ahora son las estrellas de América tu patria  
y desde hoy tu casa sin puertas es la Tierra.

*De Canto general. Seix Barral, Biblioteca Breve. Segunda reimpresión (México), noviembre de 2004, pp. 362-363. Este poema fue leído por primera vez por Neruda en el Panteón Francés de la Ciudad de México, donde fue enterrado Silvestre Revueltas. (Sus restos fueron trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Dolores en 1976.).*

En la noche el labriego duerme, despierta y hunde  
su mano en las tinieblas preguntando a la aurora:  
alba, sol de mañana, luz del día que viene,  
dime si aún las manos más puras de los hombres  
defienden el castillo del honor, dime, aurora,  
si el acero en tu frente rompe su poderío,  
si el hombre está en su sitio, si el trueno está en su sitio,  
dime, dice el labriego, si no escucha la tierra  
cómo cae la sangre de los enrojecidos  
héroes, en la grandeza de la noche terrestre,  
dime si sobre el árbol todavía está el cielo,  
dime si aún la pólvora suena en Stalingrado.

Y el marinero en medio del mar terrible mira  
buscando ente las húmedas constelaciones  
una, la roja estrella de la ciudad ardiente,  
y halla en su corazón esa estrella que quema,  
esa estrella de orgullo quieren tocar sus manos,  
esa estrella de llanto la construyen sus ojos.

Ciudad, estrella roja, dicen el mar y el hombre,  
ciudad, cierra tus rayos, cierra tus puertas duras,  
cierra, ciudad, tu ilustre laurel ensangrentado,  
y que la noche tiemble con el brillo sombrío  
de tus ojos detrás de un planeta de espadas.

Y el español recuerda Madrid y dice: hermana,  
resiste, capital de la gloria, resiste:  
del suelo se alza toda la sangre derramada  
de España, y por España se levanta de nuevo,

y el español pregunta junto al muro  
de los fusilamientos, si Stalingrado vive:  
y hay en la cárcel una cadena de ojos negros  
que horadan las paredes con tu nombre,  
y España se sacude con tu sangre y tus muertos,  
porque tú le tendiste, Stalingrado, el alma  
cuando España paría héroes como los tuyos.  
Ella conoce la soledad, España,  
como hoy, Stalingrado, tú conoces la tuya,  
España desgarró la tierra con sus uñas  
cuando París estaba más bonita que nunca,  
España desangraba su inmenso árbol de sangre  
cuando Londres peinaba, como nos cuenta Pedro  
Garfias, su césped y sus lagos de cisnes.

Hoy ya conoces eso, regia virgen,  
hoy ya conoces, Rusia, la soledad y el frío.  
Cuando miles de obuses tu corazón destrozan,  
cuando los escorpiones con crimen y veneno,  
Stalingrado, acuden a morder tus entrañas,  
Nueva York baila, Londres medita, y yo digo “merde”,  
porque mi corazón no puede más y nuestros corazones  
no pueden más, no pueden  
en un mundo que deja morir solos a sus héroes.

Los dejáis solos? Ya vendrán por vosotros!  
Los dejáis solos?

Queréis que la vida  
huya a la tumba, y la sonrisa de los hombres  
sea borrada por la letrina y el calvario?  
Por qué no respondéis?  
Queréis más muertos en frente del Este  
hasta que llenen totalmente el cielo vuestro?  
Pero entonces no os va a quedar sino el infierno.  
El mundo está cansándose de pequeñas hazañas,  
de que en Madagascar los generales  
maten con heroísmo cincuenta y cinco monos.

El mundo está cansado de otoñales reuniones  
presididas aún por un paraguas.

Ciudad, Stalingrado, no podemos  
llegar a tus murallas, estamos lejos.  
Somos los mexicanos, somos los araucanos,  
somos los patagones, somos los guaraníes,  
somos los uruguayos, somos los chilenos,  
somos millones de hombres.

Ya tenemos por suerte deudos en la familia,  
pero aún no llegamos a defenderte, madre.  
Ciudad, ciudad de fuego, resiste hasta que un día  
lleguemos, indios náufragos, a tocar tus murallas  
como un beso de hijos que esperaban llegar.

Stalingrado, aún no hay Segundo Frente,  
pero no caerás aunque el hierro y el fuego  
te muerdan día y noche.

Aunque mueras, no mueres!

Porque los hombres ya no tienen muerte  
y tienen que seguir luchando desde el sitio en que caen  
hasta que la victoria no esté sino en tus manos  
aunque estén fatigadas y horadadas y muertas,  
porque otras manos rojas, cuando las vuestras caigan,  
sembrarán por el mundo los huesos de tus héroes  
para que tu semilla llene toda la tierra.

*De Obras Completas I, De “Crepusculario” a “Las uvas y el viento” 1923-1954. Edición y notas de Hernán Loyola, con el asesoramiento de Saúl Yurkievich; introducción general de Saúl Yurkievich, prólogo de Enrico Mario Santí. Edición al cuidado de Nicanor Vélez. Edición RBA – Instituto Cervantes, Barcelona, 2005. pp. 393–395.*

Desventurado, ni el fuego ni el vinagre caliente  
en un nido de brujas volcánicas, ni el hielo devorante,  
ni la tortuga pútrida que ladrando y llorando con voz de mujer  
muerta te escarbe la barriga  
buscando una sortija nupcial y un juguete de niño degollado,  
serán para ti nada sino una puerta oscura,  
arrasada.

En efecto.

De infierno a infierno, qué hay? En el aullido  
de tus legiones, en la santa leche  
de las madres de España, en la leche y los senos pisoteados  
por los caminos, hay una aldea más, un silencio más, una puerta  
rota.

Aquí estás. Triste párpado, estiércol  
de siniestras gallinas de sepulcro, pesado esputo, cifra  
de traición que la sangre no borra. Quién, quién eres,  
oh miserable hoja de sal, oh perro de la tierra,  
oh malnacida palidez de sombra.

Retrocede la llama sin ceniza,  
la sed salina del infierno, los círculos  
del dolor palidecen.

Maldito, que sólo lo humano  
te persiga, que dentro del absoluto fuego de las cosas,  
no te consumas, que no te pierdas  
en la escala del tiempo, y que no te taladre el vidrio ardiendo  
ni la feroz espuma.

Solo, solo, para las lágrimas  
todas reunidas, para una eternidad de manos muertas  
y ojos podridos, solo en una cueva  
de tu infierno, comiendo silenciosa pus y sangre  
por una eternidad maldita y sola.

No mereces dormir  
aunque sea clavados de alfileres los ojos: debes estar  
despierto, General, despierto eternamente  
entre la podredumbre de las recién paridas,  
ametralladas en Otoño. Todos, todos los tristes niños  
descuartizados.

tiosos, están colgados, esperando en tu infierno  
ese día de fiesta fría: tu llegada.

Niños negros por la explosión,  
trozos rojos de seso, corredores  
de dulces intestinos, te esperan todos, todos, en la misma  
actitud  
de atravesar la calle, de patear la pelota,  
de tragar una fruta, de sonreír o nacer.  
Sonreír. Hay sonrisas  
ya demolidas por la sangre  
que esperan con dispersos dientes exterminados,  
y máscaras de confusa materia, rostros huecos  
de pólvora perpetua, y los fantasmas  
sin nombre, los oscuros  
escondidos, los que nunca salieron  
de su cama de escombros. Todos te esperan  
para pasar la noche. Llenan los corredores  
como algas corrompidas.

Son nuestros, fueron nuestra  
carne, nuestra salud, nuestra  
paz de herrerías, nuestro océano  
de aire y pulmones. A través de ellos  
las secas tierras florecían. Ahora, más allá de la tierra,  
hecho substancia  
destruida, materia asesinada, harina muerta,  
te esperan en tu infierno.

Como el agudo espanto o el dolor se consumen,  
ni espanto ni dolor te aguardan. Solo y maldito seas,  
solo y despierto seas entre todos los muertos,  
y que la sangre caiga en ti como la lluvia,  
y que un agonizante río de ojos cortados  
te resbale y recorra mirándote sin término.

*De España en el corazón. Edición facsimilar de Homenaje en  
Conmemoración del Centenario del poeta Pablo Neruda. Prólogo de James  
Valender. Diputación de Córdoba / Editorial Renacimiento. Sevilla,  
MMIV. pp. 48-52.*

CANTO A LAS MADRES DE LOS MILICIANOS MUERTOS

No han muerto! Están en medio  
de la pólvora,  
de pie, como mechas ardiendo!

Sus sombras puras se han unido  
en la pradera de color de cobre  
como una cortina de viento blindado,  
como una barrera de color de furia,  
como el mismo invisible pecho del cielo.

Madres! Ellos están de pie en el trigo,  
altos como el profundo mediodía,  
dominando las grandes llanuras!  
Son una campanada de voz negra  
que a través de los cuerpos de acero asesinado  
repica la victoria.

Hermanas como el polvo  
caído, corazones  
quebrantados,  
tened fe en vuestros muertos!  
No sólo son raíces  
bajo las piedras teñidas de sangre,  
no sólo sus pobres huesos derribados  
definitivamente trabajan en la tierra,  
sino que aun sus bocas muerden pólvora seca  
y atacan como océanos de hierro, y aun  
sus puños levantados contradicen la muerte.

Porque de tantos cuerpos una vida invisible  
se levanta. ¡Madres, banderas, hijos!

Un solo cuerpo vivo como la vida:  
un rostro de ojos rotos vigila las tinieblas  
con una espada llena de esperanzas terrestres!

Dejad

vuestros mantos de luto, juntad todas  
vuestras lágrimas hasta hacerlas metales:  
que allí golpeamos de día y de noche,  
allí pateamos de día y de noche,  
allí escupimos de día y de noche  
hasta que caigan las puertas del odio!

Yo no me olvido de vuestras desgracias, conozco  
vuestros hijos,  
y si estoy orgulloso de sus muertes,  
estoy también orgulloso de sus vidas.

Sus risas

relampagueaban en los sordos talleres,  
sus pasos en el Metro  
sonaban a mi lado cada día, y junto  
a las naranjas de Levante, a las redes del Sur, junto  
a la tinta de las imprentas, sobre el cemento de las arquitecturas  
he visto llamear sus corazones de fuego y energías.  
Y como en vuestros corazones, madres,  
hay en mi corazón tanto luto y tanta muerte  
que parece una selva  
mojada por la sangre que mató sus sonrisas,  
y entran en él las rabiosas nieblas del desvelo  
con la desgarradora soledad de los días.

Pero

más que la maldición a las hienas sedientas, al estertor bestial  
que aúlla desde el África sus patentes inmundas,

más que la cólera, más que el desprecio, más que el llanto,  
madres atravesadas por la angustia y la muerte,  
mirad el corazón del noble día que nace,  
y sabed que vuestros muertos sonríen desde la tierra  
levantando los puños sobre el trigo.

*De España en el corazón. Edición facsimilar de Homenaje en  
Commemoración del Centenario del poeta Pablo Neruda. Prólogo de James  
Valender. Diputación de Córdoba / Editorial Renacimiento. Sevilla,  
MMIV. pp. 24-28.*

BATALLA DEL RÍO JARAMA

Entre la tierra y el platino ahogado  
de olivares y muertos españoles,  
Jarama, puñal puro, has resistido  
la ola de los crueles.

Allí desde Madrid llegaron hombres  
de corazón dorado por la pólvora  
como un pan de ceniza y resistencia,  
allí llegaron.

Jarama, estabas entre hierro y humo  
como una rama de cristal caído,  
como una larga línea de medallas  
para los victoriosos.

Ni socavones de substancia ardiendo,  
ni coléricos vuelos, explosivos,  
ni artillería de tiniebla turbia  
dominaron tus aguas.

Aguas tuyas bebieron los sedientos  
de sangre, agua bebieron boca arriba:  
agua española y tierra de olivares  
los llenaron de olvido.

Por un segundo de agua y tiempo el cauce  
de la sangre de moros traidores  
palpitaba en tu luz como los peces  
de un manantial amargo.

La áspera harina de tu pueblo estaba  
toda erizada de metal y huesos,  
formidable y trigal como la noble  
tierra defendían.

Jarama, para hablar de tus regiones  
de esplendor y dominio, no es mi boca  
suficiente, y es pálida mi mano:  
allí quedan tus muertos.

Allí queda tu cielo doloroso,  
tu paz de piedra, tu estelar corriente,  
y los eternos ojos de tu pueblo  
vigilan tus orillas.

*De España en el corazón. Edición facsimilar de Homenaje  
en Conmemoración del Centenario del poeta Pablo Neruda.  
Prólogo de James Valender. Diputación de Córdoba / Editorial  
Renacimiento. Sevilla, MMIV. pp. 39-41.*

PAISAJE DESPUÉS DE UNA BATALLA

Mordido espacio, tropa restregada  
contra los cereales, herraduras  
rotas, heladas entre escarcha y piedras,  
áspera luna.

Luna de yegua herida, calcinada,  
envuelta en agotadas espinas, amenazante, hundido  
metal o hueso, ausencia, paño amargo,  
humo de enterradores.

Detrás del agrio nimbo de nitratos,  
de substancia en substancia, de agua en agua,  
rápidos como trigo desgranado,  
quemados y comidos.

Casual corteza suavemente suave,  
negra ceniza ausente y esparcida,  
ahora sólo frío sonoro, abominables  
materiales de lluvia.

Guárdenlo mis rodillas enterrado  
más que este fugitivo territorio,  
agárrenlo mis párpados hasta nombrar y herir,  
guarde mi sangre este sabor de sombra  
para que no haya olvido.

*De España en el corazón. Edición facsimilar de Homenaje en  
Commemoración del Centenario del poeta Pablo Neruda. Prólogo de James  
Valender. Diputación de Córdoba / Editorial Renacimiento. Sevilla,  
MMIV. pp. 60-61.*

ODA SOLAR AL EJÉRCITO DEL PUEBLO

¡Armas del pueblo! ¡Aquí! ¡La amenaza, el asedio  
aún derraman la tierra mezclándola de muerte,  
áspera de agujijones! Salud, salud,  
salud te dicen las madres del mundo,  
las escuelas te dicen salud, los viejos carpinteros,  
Ejército del Pueblo, te dicen salud, con las espigas,  
la leche, las patatas, el limón, el laurel,  
todo lo que es de la tierra y de la boca  
del hombre.

Todo, como un collar  
de manos, como una  
cintura palpitante, como una obstinación de relámpagos,  
todo a ti se prepara, todo hacia ti converge!  
Día de hierro,  
azul fortificado!

Hermanos, adelante,  
adelante por las tierras aradas,  
adelante en la noche seca y sin sueño, delirante y raída,  
adelante entre vides, pisando el color frío de las rocas,  
salud, salud, seguid. Más cortantes que la voz del invierno,  
más sensibles que el párpado, más seguros que la punta del  
trueno,  
puntuales como el rápido diamante, nuevamente marciales,  
guerreros según el agua acerada de las tierras del centro,  
según la flor y el vino, según el corazón espiral de la tierra,  
según las raíces de todas las hojas, de todas las mercaderías  
fragantes de la tierra.

Salud, soldados, salud, barbechos rojos,  
salud, tréboles duros, salud, pueblos parados

en la luz del relámpago, salud, salud, salud,  
adelante, adelante, adelante, adelante,  
sobre las minas, sobre los cementerios, frente al abominable  
apetito de muerte, frente al erizado  
terror de los traidores,  
pueblo, pueblo eficaz, corazón y fusiles,  
corazón y fusiles, adelante.

Fotógrafos, mineros, ferroviarios, hermanos  
del carbón y la piedra, parientes del martillo,  
bosque, fiesta de alegres disparos, adelante,  
guerrilleros, mayores, sargentos, comisarios políticos,  
aviadores del pueblo, combatientes nocturnos,  
combatientes marinos, adelante:

frente a vosotros

no hay más que una mortal cadena, un agujero  
de podridos pescados: ¡adelante!  
no hay allí sino muertos moribundos,  
pantanos de terrible pus sangrienta,  
no hay enemigos: adelante, España,  
adelante, campanas populares,  
adelante, regiones de manzana,  
adelante, estandartes cereales,  
adelante, mayúsculos del fuego,  
porque en la lucha, en la ola, en la pradera,  
en la montaña, en el crepúsculo cargado de acre aroma,  
lleváis un nacimiento de permanencia, un hilo  
de difícil dureza.

Mientras tanto,  
raíz y guirnalda sube del silencio  
para esperar la mineral victoria:  
cada instrumento, cada rueda roja,  
cada mango de sierra o penacho de arado,  
cada extracción del suelo, cada temblor de sangre  
quiere seguir tus pasos, Ejército del Pueblo:

tu luz organizada llega a los pobres hombres  
olvidados, tu definida estrella  
clava sus rancos rayos en la muerte  
y establece los nuevos ojos de la esperanza.

*De España en el corazón. Edición facsimilar de Homenaje en  
Conmemoración del Centenario del poeta Pablo Neruda. Prólogo de  
James Valender. Diputación de Córdoba / Editorial Renacimiento.  
Sevilla, MMIV. pp. 70-73.*

1

Desde el fondo de ti, y arrodillado,  
un niño triste, como yo, nos mira.

Por esa vida que arderá en sus venas  
tendrían que amarrarse nuestras vidas.

Por esas manos, hijas de tus manos,  
tendrían que matar las manos mías.

Por sus ojos abiertos en la tierra  
veré en los tuyos lágrimas un día.

2

Yo no lo quiero, Amada.

Para que nada nos amarre  
que no nos una nada.

Ni la palabra que aromó tu boca,  
ni lo que no dijeron las palabras.

Ni la fiesta de amor que no tuvimos,  
ni tus sollozos junto a la ventana.

3

(Amo el amor de los marineros  
que besan y se van.

Dejan una promesa.  
No vuelven nunca más.

En cada puerto una mujer espera:  
los marineros besan y se van.  
Una noche se acuestan con la muerte  
en el lecho del mar.

4

Amo el amor que se reparte  
en besos, lecho y pan.

Amor que puede ser eterno  
y puede ser fugaz.

Amor que quiere libertarse  
para volver a amar.

Amor divinizado que se acerca  
Amor divinizado que se va).

5

Ya no se encantarán mis ojos en tus ojos,  
ya no se endulzará junto a ti mi dolor.

Pero hacia donde vaya llevaré tu mirada  
y hacia donde camines llevarás mi dolor.

Fui tuyo, fuiste mía. Qué más? Juntos hicimos  
un recodo en la ruta donde el amor pasó.

Fui tuyo, fuiste mía. Tú serás del que te ame,  
del que corte en tu huerto lo que he sembrado yo.

Yo me voy. Estoy triste: pero siempre estoy triste.  
Vengo desde tus brazos. No sé hacia dónde voy.

... Desde tu corazón me dice adiós un niño.  
Y yo le digo adiós.

*De Antología general. Edición conmemorativa. Real Academia Española y la Asociación de las Academias de la Lengua. España, (Alfagura), 2010. pp. 12-13.*

LA CANCIÓN DESESPERADA

Emerge tu recuerdo de la noche en que estoy.  
El río anuda al mar su lamento obstinado.

Abandonado como los muelles en el alba.  
Es la hora de partir, oh abandonado!

Sobre mi corazón llueven frías corolas.  
Oh sentina de escombros, feroz cueva de náufragos!

En ti se acumularon las guerras y los vuelos.  
De ti alzaron las alas los pájaros del canto.

Todo te lo tragaste, como la lejanía.  
Como el mar, como el tiempo. Todo en ti fue naufragio!

Era la alegre hora del asalto y el beso.  
La hora del estupor que ardía como un faro.

Ansiedad de piloto, furia de buzo ciego,  
turbia embriaguez de amor, todo en ti fue naufragio!

En la infancia de niebla mi alma alada y herida.  
Descubridor perdido, todo en ti fue naufragio!

Te ceñiste al dolor, te agarraste al deseo,  
te tumbó la tristeza, todo en ti fue naufragio!

Hice retroceder la muralla de sombra,  
anduve más allá del deseo y del acto.

Oh carne, carne mía, mujer que amé y perdí,  
a ti en esta hora húmeda, evoco y hago canto.

Como un vaso albergaste la infinita ternura,  
y el infinito olvido te trizó como a un vaso.  
Era la negra, negra soledad de las islas,  
y allí, mujer de amor, me acogieron tus brazos.

Era la sed y el hambre, y tú fuiste la fruta.  
Era el duelo y las ruinas, y tú fuiste el milagro.

Ah mujer, no sé cómo pudiste contenerme  
en la tierra de tu alma, y en la cruz de tus brazos!

Mi deseo de ti fue el más terrible y corto,  
el más revuelto y ebrio, el más tirante y ávido.

Cementerio de besos, aún hay fuego en tus tumbas,  
aún los racimos arden picoteados de pájaros.

Oh la boca mordida, oh los besados miembros,  
oh los hambrientos dientes, oh los cuerpos trenzados.

Oh la cópula loca de esperanza y esfuerzo  
en que nos anudamos y nos desesperamos.

Y la ternura, leve como el agua y la harina.  
Y la palabra apenas comenzada en los labios.

Ese fue mi destino y en él viajó mi anhelo,  
y en él cayó mi anhelo, todo en ti fue naufragio!

Oh sentina de escombros, en ti todo caía,  
qué dolor no exprimiste, qué olas no te ahogaron!  
De tumbo en tumbo aún llameaste y cantaste.  
De pie como un marino en la proa de un barco.

Aún floreciste en cantos, aún rompiste en corrientes.  
Oh sentina de escombros, pozo abierto y amargo.

Pálido buzo ciego, desventurado hondero,  
descubridor perdido, todo en ti fue naufragio!

Es la hora de partir, la dura y fría hora  
que la noche sujeta a todo horario.  
El cinturón ruidoso del mar ciñe la costa.  
Surgen frías estrellas, emigran negros pájaros.

Abandonado como los muelles en el alba.  
Sólo la sombra trémula se retuerce en mis manos.

Ah más allá de todo. Ah más allá de todo.

Es la hora de partir. Oh abandonado!

*De Veinte poemas de amor y una canción desesperada. Editorial  
Océano, colección Clásicos Gran Travesía, España, 2022. pp. 89-94.*

ODA A FEDERICO GARCÍA LORCA

Si pudiera llorar de miedo en una casa sola,  
si pudiera sacarme los ojos y comérmelos,  
lo haría por tu voz de naranjo enlutado  
y por tu poesía que sale dando gritos.

Porque por ti pintan de azul los hospitales  
y crecen las escuelas y los barrios marítimos,  
y se pueblan de plumas los ángeles heridos,  
y se cubren de escamas los pescados nupciales,  
y van volando al cielo los erizos:  
por ti las sastrerías con sus negras membranas  
se llenan de cucharas y de sangre  
y tragan cintas rotas, y se matan a besos,  
y se visten de blanco.  
Cuando vuelas vestido de durazno,  
cuando ríes con risa de arroz huracanado,  
cuando para cantar sacudes las arterias y los dientes,  
la garganta y los dedos,  
me moriría por lo dulce que eres,  
me moriría por los lagos rojos  
en donde en medio del otoño vives  
con un corcel caído y un dios ensangrentado,  
me moriría por los cementerios  
que como cenicientos ríos pasan  
con agua y tumbas,  
de noche, entre campanas ahogadas:  
ríos espesos como dormitorios  
de soldados enfermos, que de súbito crecen  
hacia la muerte en ríos con números de mármol

y coronas podridas, y aceites funerales:  
me moriría por verte de noche  
mirar pasar las cruces anegadas,  
de pie y llorando,  
porque ante el río de la muerte lloras  
abandonadamente, heridamente,  
lloras llorando, con los ojos llenos  
de lágrimas, de lágrimas, de lágrimas.

Si pudiera de noche, perdidamente solo,  
acumular olvido y sombra y humo  
sobre ferrocarriles y vapores,  
con un embudo negro,  
mordiéndolo las cenizas,  
lo haría por el árbol en que creces,  
por los nidos de aguas doradas que reúnes,  
y por la enredadera que te cubre los huesos  
comunicándote el secreto de la noche.

Ciudades con olor a cebolla mojada  
esperan que tú pases cantando roncamente,  
y silenciosos barcos de esperma te persiguen,  
y golondrinas verdes hacen nido en tu pelo,  
y además caracoles y semanas,  
mástiles enrollados y cerezas  
definitivamente circulan cuando asoman  
tu pálida cabeza de quince ojos  
y tu boca de sangre sumergida.

Si pudiera llenar de hollín las alcaldías  
y, sollozando, derribar relojes,  
sería para ver cuándo a tu casa  
llega el verano con los labios rotos,  
llegan muchas personas de traje agonizante,

llegan regiones de triste esplendor,  
llegan arados muertos y amapolas,  
llegan enterradores y jinetes,  
llegan planetas y mapas con sangre,  
llegan buzos cubiertos de ceniza,  
llegan enmascarados arrastrando doncellas  
atravesadas por grandes cuchillos,  
llegan raíces, venas, hospitales,  
manantiales, hormigas,  
llega la noche con la cama en donde  
muere entre las arañas un húsar solitario,  
llega una rosa de odio y alfileres,  
llega una embarcación amarillenta,  
llega un día de viento con un niño,  
llego yo con Oliverio, Norah,  
Vicente Aleixandre, Delia,  
Maruca, Malva Marina, María Luisa y Larco,  
la Rubia, Rafael, Ugarte,  
Cotapos, Rafael Alberti,  
Carlos, Bebé, Manolo Altolaguirre,  
Molinari,  
Rosales, Concha Méndez,  
y otros que se me olvidan.

Ven a que te corone, joven de la salud  
y de la mariposa, joven puro  
como un negro relámpago perpetuamente libre,  
y conversando entre nosotros,  
ahora, cuando no queda nadie entre las rocas,  
hablemos sencillamente como eres tú y soy yo:  
para qué sirven los versos si no es para el rocío?

Para qué sirven los versos si no es para esa noche  
en que un puñal amargo nos averigua, para ese día,

para ese crepúsculo, para ese rincón roto  
donde el golpeado corazón del hombre se dispone a morir?

Sobre todo de noche,  
de noche hay muchas estrellas,  
todas dentro de un río,  
como una cinta junto a las ventanas  
de las casas llenas de pobres gentes.

Alguien se les ha muerto, tal vez  
han perdido sus colocaciones en las oficinas,  
en los hospitales, en los ascensores,  
en las minas,  
sufren los seres tercamente heridos  
y hay propósito y llanto en todas partes:  
mientras las estrellas corren dentro de un río interminable  
hay mucho llanto en las ventanas,  
los umbrales están gastados por el llanto,  
las alcobas están mojadas por el llanto  
que llega en forma de ola a morder las alfombras.

Federico,  
tú ves el mundo, las calles,  
el vinagre,!  
las despedidas en las estaciones  
cuando el humo levanta sus ruedas decisivas  
hacia donde no hay nada sino algunas  
separaciones, piedras, vías férreas.

Hay tantas gentes haciendo preguntas  
por todas partes.  
Hay el ciego sangriento, y el iracundo, y el  
desanimado,  
y el miserable, el árbol de las uñas,  
el bandolero con la envidia a cuestras.

Así es la vida, Federico, aquí tienes  
las cosas que te puede ofrecer mi amistad  
de melancólico varón varonil.  
Ya sabes por ti mismo muchas cosas,  
y otras irás sabiendo lentamente.

*De Antología general. Edición conmemorativa. Real Academia Española y la Asociación de las Academias de la Lengua. España, (Alfagura), 2010. pp. 146-150.*

Padre nuestro que estás en la tierra, en el agua, en el aire  
de toda nuestra extensa latitud silenciosa,  
todo lleva tu nombre, padre, en nuestra morada:  
tu apellido la caña levanta a la dulzura,  
el estaño bolívar tiene un fulgor bolívar,  
el pájaro bolívar sobre el volcán bolívar,  
la patata, el salitre, las sombras especiales,  
las corrientes, las vetas de fosfórica piedra,  
todo lo nuestro viene de tu vida apagada,  
tu herencia fueron ríos, llanuras, campanarios,  
tu herencia es el pan nuestro de cada día, padre.

Tu pequeño cadáver de capitán valiente  
ha extendido en lo inmenso su metálica forma,  
de pronto salen dedos tuyos entre la nieve  
y el austral pescador saca a la luz de pronto  
tu sonrisa, tu voz palpitando en las redes.

De qué color la rosa que junto a tu alma alcemos?  
Roja será la rosa que recuerde tu paso.  
Cómo serán las manos que toquen tu ceniza?  
Rojas serán las manos que en tu ceniza nacen.  
Y cómo es la semilla de tu corazón muerto?  
Es roja la semilla de tu corazón vivo.

Por eso es hoy la ronda de manos junto a ti.  
Junto a mi mano hay otra y hay otra junto a ella,  
y otra más, hasta el fondo del continente oscuro.  
Y otra mano que tú no conociste entonces  
viene también, Bolívar, a estrechar a la tuya:  
de Teruel, de Madrid, del Jarama, del Ebro,  
de la cárcel, del aire, de los muertos de España  
llega esta mano roja que es hija de la tuya.

Capitán, combatiente, donde una boca  
grita libertad, donde un oído escucha,  
donde un soldado rojo rompe una frente parda,  
donde un laurel de libres brota, donde una nueva  
bandera se adorna con la sangre de nuestra insigne aurora,  
Bolívar, capitán, se divisa tu rostro.  
Otra vez entre pólvora y humo tu espada está naciendo.  
Otra vez tu bandera con sangre se ha bordado.  
Los malvados atacan tu semilla de nuevo,  
clavado en otra cruz está el hijo del hombre.

Pero hacia la esperanza nos conduce tu sombra,  
el laurel y la luz de tu ejército rojo  
a través de la noche de América con tu mirada mira.  
Tus ojos que vigilan más allá de los mares,  
más allá de los pueblos oprimidos y heridos,  
más allá de las negras ciudades incendiadas,  
tu voz nace de nuevo, tu mano otra vez nace:  
tu ejército defiende las banderas sagradas:  
la Libertad sacude las campanas sangrientas,  
y un sonido terrible de dolores precede  
la aurora enrojecida por la sangre del hombre.  
Libertador, un mundo de paz nació en tus brazos.  
La paz, el pan, el trigo de tu sangre nacieron,  
de nuestra joven sangre venida de tu sangre  
saldrán paz, pan y trigo para el mundo que haremos.  
Yo conocí a Bolívar una mañana larga,  
en Madrid, en la boca del Quinto Regimiento,  
Padre, le dije, eres o no eres o quién eres?  
Y mirando el Cuartel de la Montaña, dijo:  
“Despierto cada cien años cuando despierta el pueblo”.

*De Antología general. Edición conmemorativa. Real Academia Española y la Asociación de las Academias de la Lengua. España, (Alfagura), 2010. pp. 172-174.*

NUEVO CANTO DE AMOR A STALINGRADO

Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua,  
describí el luto y su metal morado,  
yo escribí sobre el cielo y la manzana,  
ahora escribo sobre Stalingrado.

Ya la novia guardó con su pañuelo  
el rayo de mi amor enamorado,  
ahora mi corazón está en el suelo,  
en el humo y la luz de Stalingrado.

Yo toqué con mis manos la camisa  
del crepúsculo azul y derrotado:  
ahora toco el alba de la vida  
naciendo con el sol de Stalingrado.

Yo sé que el viejo joven transitorio  
de pluma, como un cisne encuadrado,  
desencuadrerna su dolor notorio  
por mi grito de amor a Stalingrado.

Yo pongo el alma mía donde quiero.  
Y no me nutro de papel cansado,  
adobado de tinta y de tintero.  
Nací para cantar a Stalingrado.

Mi voz estuvo con tus grandes muertos  
contra tus propios muros machacados,  
mi voz sonó como campana y viento  
mirándote morir, Stalingrado.

Ahora americanos combatientes  
blancos y oscuros como los granados,  
matan en el desierto a la serpiente.

Ya no estás sola, Stalingrado.

Francia vuelve a las viejas barricadas  
con pabellón de furia enarbolado  
sobre las lágrimas recién secadas.

Ya no estás sola, Stalingrado.

Y los grandes leones de Inglaterra  
volando sobre el mar huracanado  
clavan las garras en la parda tierra.

Ya no estás sola, Stalingrado.

Hoy bajo tus montañas de escarmiento  
no sólo están los tuyos enterrados:  
temblando está la carne de los muertos  
que tocaron tu frente, Stalingrado.

Deshechas van las invasoras manos,  
triturados los ojos del soldado,  
están llenos de sangre los zapatos  
que pisaron tu puerta, Stalingrado.

Tu acero azul de orgullo construido,  
tu pelo de planetas coronados,  
tu baluarte de panes divididos,  
tu frontera sombría, Stalingrado.

Tu Patria de martillos y laureles,  
la sangre sobre tu esplendor nevado,  
la mirada de Stalin a la nieve  
tejida con tu sangre, Stalingrado.

Las condecoraciones que tus muertos  
han puesto sobre el pecho traspasado  
de la tierra, y el estremecimiento  
de la muerte y la vida, Stalingrado.

La sal profunda que de nuevo traes  
al corazón del hombre acongojado  
con la rama de rojos capitanes  
salidos de tu sangre, Stalingrado.

La esperanza que rompe en los jardines  
como la flor del árbol esperado,  
la página grabada de fusiles,  
las letras de la luz, Stalingrado.

La torre que concibes en la altura,  
los altares de piedra ensangrentados,  
los defensores de tu edad madura,  
los hijos de tu piel, Stalingrado.

Las águilas ardientes de tus piedras,  
los metales por tu alma amamantados,  
los adioses de lágrimas inmensas  
y las olas de amor, Stalingrado.

Los huesos de asesinos malheridos,  
los invasores párpados cerrados,  
y los conquistadores fugitivos  
detrás de tu centella, Stalingrado.

Los que humillaron la curva del Arco  
y las aguas del Sena han taladrado  
con el consentimiento del esclavo,  
se detuvieron en Stalingrado.



Guárdame un trozo de violenta espuma,  
guárdame un rifle, guárdame un arado,  
y que lo pongan en mi sepultura  
con una espiga roja de tu estado,  
para que sepan, si hay alguna duda,  
que he muerto amándote y que me has amado,  
y si no he combatido en tu cintura  
dejo en tu honor esta granada oscura,  
este canto de amor a Stalingrado.

*De Antología general. Edición conmemorativa. Real Academia Española y la Asociación de las Academias de la Lengua. España, (Alfagura), 2010. pp. 180-184.*

AMÉRICA, NO INVOCO TU NOMBRE EN VANO

América, no invoco tu nombre en vano.  
Cuando sujeto al corazón la espada,  
cuando aguanto en el alma la gotera,  
cuando por las ventanas  
un nuevo día tuyo me penetra,  
soy y estoy en la luz que me produce,  
vivo en la sombra que me determina,  
duermo y despierto en tu esencial aurora:  
dulce como las uvas, y terrible,  
conductor del azúcar y el castigo,  
empapado en esperma de tu especie,  
amamantado en sangre de tu herencia.

*De Canto general. Seix Barral, Biblioteca Breve. Segunda reimpresión  
(México), noviembre de 2004, pp. 242.*

Vino de primavera... Vino de Otoño, dadme  
mis compañeros, una mesa en que caigan  
hojas equinocciales, y el gran río del mundo  
que palidezca un poco moviendo su sonido  
lejos de nuestros cantos.

Soy un buen compañero.

No entraste en esta casa para que te arrancara  
un pedazo de ser. Tal vez cuando te vayas  
te lleves algo mío, castañas, rosas o  
una seguridad de raíces o naves  
que quise compartir contigo, compañero.

Canta conmigo hasta que las copas  
se derramen dejando púrpura desprendida  
sobre la mesa.

Esa miel viene a tu boca  
desde la tierra, desde sus oscuros racimos.

Cuántos me faltan, sombras del canto, compañeros  
que amé dando la frente, sacando de mi vida  
la incomparable ciencia varonil que profeso,  
la amistad, arboleda de rugosa ternura.

Dame la mano, encuéntrate conmigo,  
simple, no busques nada en mis palabras  
sino la emanación de una planta desnuda.  
Por qué me pides más que a un obrero? Ya sabes  
que a golpes fui forjando mi enterrada herrería,  
y que no quiero hablar sino como es mi lengua.

Sal a buscar doctores si no te gusta el viento.

Nosotros cantaremos con el vino fragoso  
de la tierra: golpearemos las copas del Otoño,  
y la guitarra o el silencio irán trayendo  
líneas de amor, lenguaje de ríos que no existen,  
estrofas adoradas que no tienen sentido.

*De Canto general. Seix Barral, Biblioteca Breve. Segunda  
reimpresión (México), noviembre de 2004, pp. 451-452.*

Juárez, si recogiéramos  
la íntima estrata, la materia  
de la profundidad, si cavando tocáramos  
el profundo metal de las repúblicas,  
esta unidad sería tu estructura,  
tu impasible bondad, tu terca mano.

Quien mira tu levita,  
tu parca ceremonia, tu silencio,  
tu rostro hecho de tierra americana,  
si no es de aquí, si no ha nacido en estas  
llanuras, en la greda montañosa  
de nuestras soledades, no comprende.  
Te hablarán divisando una cantera.  
Te pasarán como se pasa un río.  
Darán la mano a un árbol, a un sarmiento,  
a un sombrío camino de la tierra.

Para nosotros eres pan y piedra,  
horno y producto de la estirpe oscura.  
Tu rostro fue nacido en nuestro barro.  
Tu majestad es mi región nevada,  
tus ojos la enterrada alfarería.

Otros tendrán el átomo y la gota  
de eléctrico fulgor, de brasa inquieta:  
tú eres el muro hecho de nuestra sangre,  
tu rectitud impenetrable  
sale de nuestra dura geología.

No tienes nada que decir al aire,  
al viento de oro que viene de lejos,  
que lo diga la tierra ensimismada,  
la cal, el mineral, la levadura.

Yo visité los muros de Querétaro,  
toqué cada peñasco en la colina,  
la lejanía, cicatriz y cráter,  
los cactus de ramales espinosos:  
nadie persiste allí, se fue el fantasma,  
nadie quedó dormido en la dureza:  
sólo existen la luz, los agujones  
del matorral, y una presencia pura:  
Juárez, tu paz de noche justiciera,  
definitiva, férrea y estrellada.

*De Canto general. Seix Barral, Biblioteca Breve. Segunda  
reimpresión (México), noviembre de 2004, pp. 130-131.*



III

FUENTES BIBLIOGRÁFICAS



## BIBLIOGRAFÍA

- . ALONSO, Amado. *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, tercera edición, 1966.
- . AMORÓS, Mario. *Neruda, el príncipe de los poetas. biografía*, B Grupo Z, no ficción. Barcelona, España, primera Edición, 2015.
- . ARREOLA CORTÉS, Raúl. *Pablo Neruda en Morelia* (incluye los discursos de Morelia). Ediciones Casa de San Nicolás. Morelia, 1972.
- . CAMPOS, Marco Antonio. “Los poemas mexicanos de Pablo Neruda”. Edición digital: *La Mirada Malva AC*, México, 2004-2010.
- . FLORES, Ángel. *Nuevas Aproximaciones a Pablo Neruda*. Compilación y estudios. Edición del FCE, Col. Tierra firme. México, 1977.
- . LOYOLA, Hernán. *Neruda, la biografía literaria* (La formación de un poeta 1904-1932). Biblioteca breve, Seix Barral. Chile, 2006.
- . NERUDA, Pablo. *Confieso que he vivido*. Memorias. Círculo de Lectores (Barcelona). España, 1974.
- , *Plenos poderes*. Biblioteca clásica y contemporánea, Losada, cuarta edición. Argentina, 1977.
- , *Residencia en la tierra*. Seix Barral, Barcelona, cuarta edición, 1983.
- , *Isla negra*. Edición bilingüe español / inglés. THE NOONDAY PRESS. New York, 1998.

- , *De “Odas elementales” a “Memorial de Isla Negra”, 1954-1964, Obras Completas, Tomo II.* Edición de Hernán Loyola y asesoramiento de Saúl Yurkievich; Prólogo de Saúl Yurkievich. Colección *Opera Mundi*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Barcelona, España, 1999.
- , *Nerudiana dispersa 1, Obras Completas, Tomo IV.* Edición y prólogo de Hernán Loyola. Colección *Opera Mundi*, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores. Barcelona, España, 1999.
- , *Canto general.* Biblioteca breve, Seix Barral, México, segunda reimpresión, 2004.
- , *De Obras Completas I, De “Crepusculario” a “Las uvas y el viento” 1923-1954.* Edición y notas de Hernán Loyola, con el asesoramiento de Saúl Yurkievich; introducción general de Saúl Yurkievich, prólogo de Enrico Mario Santí. Edición al cuidado de Nicanor Vélez. Edición RBA – Instituto Cervantes, Barcelona, 2005.
- , *Antología general. Guía a la selección nerudiana:* Hernán Loyola. Edición Conmemorativa. Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española / Alfaguara. España, 2010.
- , *Veinte poemas de amor y una canción desesperada.* Ilustrada por Júlia Solans, diseño: Carles Murillo, colección: Gran Travesía, editorial Océano. España, 2022.
- . SÁNCHEZ DÍAZ, Gerardo. *La presencia del exilio republicano español en la Universidad Michoacana 1938-1966.* XXX. España, 2021.
- . TEITELBOIM, Velodia. *Neruda, la biografía.* Ediciones Merán, España, 2003.

IV. RESEÑA A LA EDICIÓN  
CONALEP-MICHOACÁN, 2024



## PABLO NERUDA EN MORELIA

*Marco Antonio Campos*

El chileno Neruda consideró en sus memorias a México “el último de los países mágicos”, pero los ejemplos que da no convencen, y los mexicanos no encontramos algo que nos diferencie en tal consideración de muchos países. Neruda estuvo como cónsul general de Chile en México tres años, de agosto de 1940 a agosto de 1943, y pasó por nuestro país tres veces más, en 1949, 1961 y 1966. En su primera residencia viajó mucho, incluyendo un viaje por el larguísimo litoral del Pacífico. Muy probablemente la entidad mexicana de la que se sintió más cerca fue Michoacán, y entre sus ciudades, Morelia. ¿Es poco que sus casas de Santiago de Chile se llamaran, una, La Chascona, y la otra, Michoacán?

El poeta y ensayista Rafael Calderón (Morelia, 1977) acaba de publicar hace unos meses en las ediciones Cenzontli, Pájaro de Cuatrocientas Voces, en una coedición con instituciones michoacanas, su libro *Pablo Neruda en Morelia*. Es un notable trabajo de investigación, bien escrito, que nos ha dado luces de hechos o documentos que ignorábamos. En el libro hay un ensayo introductorio, la reproducción de los discursos nerudianos de 1941 y 1943, dos fotografías de grupo donde aparece vestido de traje, y al final los poemas que leyó en el Colegio de San Nicolás, los cuales fueron en su mayoría políticos: ya de la *Tercera Residencia*, ya algunos que publicaría en 1950 en *Canto General*. El único reparo que pondríamos al trabajo de Calderón es que debió haber puesto como epílogo o haberlo utilizado en otra obra la primera parte del prólogo (“Visión del poeta”), donde detalla el itinerario personal de sus lecturas personales

de Neruda. Hubiera dado más unidad y concentración al libro. Para su trabajo Rafael Calderón reconoce su deuda en cuanto a documentación al periodista Raúl Arreola Cortés y al historiador Gerardo Sánchez Díaz, ambos michoacanos.

En la parte moreliana de la introducción, Calderón cita a los escritores republicanos españoles que pasaron por la ciudad entre 1937 y 1951, interviniendo en lecturas públicas o actividades culturales, como el matrimonio Rafael Alberti y María Luisa León, León Felipe, José Moreno Villa, Juan Gil-Albert, Pedro Garfías, Luis Cernuda, María Zambrano y Adolfo Sánchez Vázquez. Por cierto, quien vivamente recomendó a Neruda que conociera Morelia fue su confrère Rafael Alberti, como lo cita en su primera alocución michoacana de noviembre de 1941.

Apunta Calderón que el primer discurso de Neruda lo dio en el Salón Morelia del Museo Regional Michoacano el 10 de octubre de 1941, el cual parece más un saludo que un discurso, un breve llamado a la juventud moreliana a la fraternidad. En la noche de ese día leyó poemas en el Alma Mater del Colegio de San Nicolás. Calderón complementa discurso y poemas con dos fotografías de grupo donde aparece Neruda vestido de traje en aquel año.

El segundo discurso fue el 17 de agosto de 1943, cuando recibe el doctorado *Honoris Causa* por la Universidad Michoacana. Calderón complementa el discurso con una fotografía del Acta de Sesión del Consejo Universitario que otorga la distinción y con una página del mecanuscrito del discurso de recepción del doctorado. Si en el discurso de 1943 designa a México “florido y aguerrido”, en la sección dedicada a México en sus memorias, *Confieso que he vivido* (1974), lo califica “florido y espinudo”. La primera parte del discurso de recepción del doctorado es muy bella. Destaca de Michoacán su parecido con la región de Chile de su edad germinal: “Tal vez la belleza de esta tierra, su derramada sombra verde, halla en lo más profundo de mi ser un paisaje parecido, el territorio austral de Chile, con lagos y con cielos, con lluvia y con flores salvajes, con volcanes

y con silencio: el paisaje de mi infancia y de mi adolescencia.” En el párrafo siguiente escribe inolvidablemente que aquello que lo ha hecho amar a Michoacán son sus héroes antiguos. Las “campanas de Morelia con su ronca voz” le han traído dondequiera —se dirige a los presentes— “vuestra ciudad señorial de rosa y de ceniza, vuestra antigua raza tarasca que produjo la más noble escultura de América, los tejidos y los peces, el Acueducto y Morelos, el agua de los lagos y Ocampo, los montes y Lázaro Cárdenas”. La otra parte del discurso es para decir que sólo hay una América y ésta va desde el río Bravo hasta las aguas de la Antártida. México, como dice Volodia Teitelboim, fue para Neruda “su descubrimiento de América”.

Como fieles lectores de Pablo Neruda sólo tenemos que agradecer a Rafael Calderón este rescate. Es un libro de consulta para todo nerudiano.

*La Jornada Semanal*, número, 1526,  
domingo 2 de junio de 2024.

## PABLO NERUDA EN MORELIA

*Lucía Rivadeneyra*

La pasión fortalece a los investigadores. Es fuego que acecha entre papeles y es preciso aprender a conservarla. Algo semejante pasa en el amor, sólo que en el amor no hay metodología y, a pesar de ser un tema perenne, en él se puede ir de lo cursi a lo sublime. En la investigación seria no se corren los mismos riesgos; hay otros, claro, pero al menos no existe el de la cursilería. Hay que indagar, comprobar, verificar, constatar, buscar, buscar y buscar.

Rafael Calderón (Morelia, Mich., 1976) se ha entregado a esta tarea. Es el hombre efeméride, así le digo yo. Siempre atento a los lustros, a las décadas, a los centenarios de mujeres y hombres de palabra y de palabras que han pasado por sus ojos. Sus lecturas son amplias y es un gran bibliófilo. Hace meses me habló de los discursos que pronunció Pablo Neruda en la capital del Estado de Michoacán. Ya entonces, andaba entre papeles y realizaba entrevistas. Charlamos al respecto y pasó el tiempo. Ahora, justo en el 120 aniversario del natalicio del hombre del Cono Sur y en el centenario de la edición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* publica el libro *Pablo Neruda en Morelia*.

Antes de presentar los discursos “A la juventud de Morelia” (1941) y “Discurso de Michoacán” (1943), éste con motivo del doctorado *Honoris Causa* que le otorgó la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Calderón redacta la Introducción en la que plasma el sentir de un periodo irrepitible en la vida cultural de esa capital: los años cuarenta. Brinda a los lectores un contexto valioso sobre el asunto y un panorama de las cuatro visitas que hizo el poeta. Ofrece antecedentes,

comparaciones y consecuencias. Menciona incontables nombres de personajes que hoy en día pueden resultar ajenos a muchos. No obstante, forman parte de Michoacán, de nuestro país y algunos pertenecen al mundo.

En una época como la que vivimos, cuando estudiantes de nivel licenciatura creen que Argentina o Brasil son países de Centroamérica o que las únicas poetas mexicanas son Sor Juana Inés de la Cruz y Rosario Castellanos o jóvenes que no saben leer un reloj de manecillas (esto es real), qué van a saber sobre Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto. Sin embargo, Rafael Calderón apuesta, siempre apuesta; por eso, habrá quienes después de acercarse al texto, lo sepan.

El chileno llegó a México como cónsul general por el gobierno de su país y vivió aquí tres años. Fue a Morelia gracias a la motivación de otro poeta, el español Rafael Alberti. Cuando la descubrió la llamó “campana de coral ceniciento”. Quiso a México e hizo muchos amigos. Afirmo en sus memorias que es “florido y espinudo”.

Pido disculpas por el tono intimista, pero este “michoacano y austral”, como se auto definió, es parte de mi vida, por eso esta publicación me conmueve doblemente. Primero, porque habla de su obra que me ha acompañado desde la infancia; y, segundo, porque levanta imagen de su estancia en mi ciudad natal, a la que también se refirió como “la ciudad de los párpados rosados”. Estuvo en 1941, 1943, 1944 y 1949; su última estadía fue fugaz y clandestina, calificativos estupendos de Calderón.

Se puede afirmar que la Introducción está dirigida a los que saben mucho, poco o nada sobre el diplomático. No sólo se refiere a aquellos años de ebullición cultural en el Estado y en su capital tanto en la música como en la pintura, la literatura, el cine... El investigador rebasa esa década maravillosa y va más allá, incluso comenta poemarios como *Odas elementales* (1954), *Plenos poderes* (1962) o sus memorias *Confieso que he vivido* (1974), editadas póstumamente. Es un panorama breve y conciso; sin duda, una introducción al nacido en Parral, Chile.

Hay en el libro fotografías valiosas y una selección de 15 poemas; incluye, entre otros, “Oratorio menor” (a Silvestre Revueltas, de México, en su muerte), “Farewell” (*Crepusculario*, 1923), “Un canto a Bolívar”, “El Vino” o “Viaje por la noche de Juárez”. Los poemas elegidos tienen una razón: son los que leyó en público en sus visitas. El poeta tuvo una postura política definida. Nunca dio, como se dice de manera coloquial, “el bandazo” y lo demuestra en su quehacer poético desde sus primeras composiciones hasta las últimas.

Rafael Calderón proporciona un referente bibliográfico que ilumina. Y como bien dice el también ensayista: “... aunque es muy común que entre los lectores devotos de Neruda una y otra vez se cite alguno de los discursos de Morelia, han sido poco difundidos. Algo comprensible en un autor con semejante caudal de títulos publicados. Siempre resulta interesante el encuentro con la obra dispersa y marginal, la aparentemente olvidada”. Es, por tanto, un verdadero lujo este ejemplar, coeditado con Conalep. Ojalá se hagan muchas ediciones.

El Nobel de 1971, al hablar de su primera inquietud al conocer esta ciudad, escribió: “La quise conocer como se quiere entrar en las ciudades dormidas de la selva, una Morelia dormida en el agua del tiempo”. Pablo Neruda no sólo entró a la ciudad, la despertó de uno de sus muchos sueños y la dejó tatuada. He aquí el testimonio de algunas de las vivencias de un hombre “fugaz y clandestino”, aunque también eterno.

Suplemento *La Gualdra* 632, *La Jornada Zacatecas*,  
12 de agosto de 2024.

IV

AGRADECIMIENTOS



La mejor manera de homenajear la presencia de Pablo Neruda en Morelia es subrayando primero que nada al poeta a través de tres fechas claves. En 2023 se cumplieron: 80 años que la Universidad Michoacana le otorgara el grado de *Doctor Honoris Causa* (1943), medio siglo de su muerte en el contexto del golpe en Chile, así como el asesinato del entonces presidente Salvador Allende (1973). Lo menos que podemos hacer es invitar a leer esta recopilación única, que reúne por primera vez para el mundo, en una misma edición, aquellos poemas y discursos que Neruda leyera con motivo de sus cuatro estancias en la capital michoacana durante la década de los cuarenta del siglo XX. He recogido estos materiales aquí y allá, tras un trabajo de esfuerzos siempre discretos, con el objetivo de presentar a Neruda para las nuevas generaciones a través de su poética, de la lectura de sus discursos y de la reconstrucción de su fuerte personalidad: destacando la vigorosa presencia intelectual que siempre lo caracterizó.

No está de más señalar que una edición como la presente no puede materializarse de forma espontánea ni por empeño de una sola persona: se suman voluntades y visiones varias. Este libro representa un afortunado ejemplo de diálogo fructífero entre distintas voces. En ese orden, tuve presentes siempre a la comunidad de escritores y poetas de Morelia, así como a la juventud y los estudiantes de Michoacán, a quienes antes que nada va dirigido este homenaje al poeta chileno. Todo escritor vive a partir de la lectura y relectura de su obra. Continuar difundiendo la poesía de Neruda entre las nuevas generaciones la actualiza y renueva el diálogo con ella. *Pablo Neruda en Morelia* aspira a convertirse en un punto de partida, desde el cual esas nuevas generaciones lectoras adquieran curiosidades y puntos de referencia para lanzarse al encuentro de una obra fundamental, vigente, inconmensurable.

Quiero agradecer la disponibilidad y la confianza de la Fundación Pablo Neruda, encargada de resguardar y difundir el legado del poeta, y las facilidades otorgadas por la Agencia Literaria Carmen Balcells, que autorizó la publicación de poemas y discursos.

Fundamental ha sido también la contribución del Conalep-Michoacán, que dentro del marco de su 25 aniversario y por conducto de su director general Osvaldo Ruiz Ramírez materializó la primera edición de este libro; esa primera edición fue presentada a su turno tanto en Morelia como en la Ciudad de México; la presentación de Morelia tuvo lugar el pasado 29 de febrero en el Museo Regional Michoacano, contando con la participación de su director Jaime Reyes, los comentarios de Gerardo Sánchez Díaz y la lectura de poemas a cargo de Nancy Viridiana Herrejón; la presentación de la Ciudad de México tuvo lugar el 29 de junio en la Casa Marie José y Octavio Paz, moderando la mesa su directora, Leticia Luna, y con la participación Lucía Rivadeneyra y Sergio J. Monreal en los comentarios, y de Laila Saab en la lectura de poemas.

Agradezco también la lectura, la revisión y las afortunadas observaciones realizadas durante el proceso de la primera edición por Lucía Rivadeneyra y Miguel Ángel Toledo; el diseño de portada y la diagramación a cargo de Verónica Frutos; la asesoría y seguimiento de Miguel Ángel García de *Silla vacía Editorial*. Un agradecimiento especial debe estar dirigido al Dr. Gerardo Sánchez Díaz, por su acompañamiento permanente y la cesión de imágenes. Otro, a Sergio J. Monreal como corresponsable de *Cenzontli Pájaro de cuatrocientas voces* y del cuidado de ambas ediciones y, por supuesto a mi familia que les robo tiempo por estas ocupaciones pero están siempre presentes por su apoyo incondicional en esta y otras travesías literarias.

Esta segunda edición ampliada se pone al alcance de los lectores en el marco del 107 aniversario de la fundación de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, gracias a la buena voluntad de su rectora Yarabí Ávila González, a la

coordinación general de Aurora Molina y al equipo de trabajo de la Editorial Universitaria. Conmemora el primer centenario de la publicación del libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y los 120 años del nacimiento de Neruda. Además de todos los materiales originalmente incluidos, se incorporan dos comentarios respectivamente publicados por Marco Antonio Campos en *La Jornada Semanal* y por Lucía Rivadeneyra en el suplemento literario *La Gualdra* de *La Jornada Zacatecas*.

Hace ya ocho décadas que Pablo Neruda compareció ante los morelianos y los nicolaitas. Leyendo discursos y poemas, conviviendo con autoridades universitarias, estudiantes, docentes, escritores y poetas michoacanos, dedicando inolvidables palabras para nuestra ciudad y nuestro estado. La distancia invita a visualizar el plazo transcurrido desde entonces a través de aquella sentencia de Virgilio: "Sed fugit interea fugit irreparabile tempus". Que se traduce: "pero huye entretanto, huye irreparablemente el tiempo".

R. C.

*Morelia, a 15 de octubre de 2024*

Toda edición de poesía es un goce de lectura y encuentro y esta primera y única edición No Venal de *Pablo Neruda en Morelia* con Antología e Introducción de Rafael Calderón se publica dentro de la Colección *Centzonlli pájaro de cuatrocientas voces* para rendir homenaje al poeta con motivo del primer centenario de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Haciéndose saber que la edición fue patrocinada por UMSNH y se realizó en la Editorial y librería Universitaria; la portada de Giovanni Hernández Genchi y diagramación corrió a cargo de Verónica Frutos y el cuidado editorial bajo la responsabilidad de Rafael Calderón, Sergio J. Monreal y revisión final de Miguel Ángel Toledo. Jefe del departamento de Editorial y Librería Universitaria Dr. Ricardo Vega Tavera. La edición se terminó el 15 de Octubre del año 2024 en el 107 Aniversario de la Universidad Michoacana. Un tiraje de 300 ejemplares.



Durante la década de 1940, Pablo Neruda realizó varias visitas a la ciudad de Morelia, durante las cuales convivió con sus gentes, paseó por sus calles, realizó actividades literarias, académicas y políticas, recibió homenajes, escribió textos, estrechó perdurables vínculos afectivos, dejó una huella que el autor del presente volumen define con una fórmula reversible: la tradición nerudiana de Morelia, la tradición moreliana de Neruda.

Eje fundamental en estas escalas fue la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, dando sede a varios de sus más significativos eventos y otorgándole en 1943 el *Doctorado Honoris Causa*.

*Pablo Neruda en Morelia* busca recuperar y restituir, para curiosos, investigadores y amantes del legado nerudiano, pero sobre todo para las nuevas generaciones de jóvenes estudiantes universitarios, la atmósfera, la emoción, las palabras y los hechos de aquellos días. Se reúnen aquí tanto los discursos pronunciados como los poemas leídos por Neruda durante sus visitas, así como una breve selección fotográfica.

Para recopilar y organizar dichos materiales, el ensayista y poeta Rafael Calderón ha realizado un esmerado trabajo de investigación. Dicho trabajo queda testimoniado en el amplio ensayo con que, a manera de introducción, aborda tanto la biografía personal y literaria de Neruda como el detalle documental fidedigno —más allá de mitos, supuestos y confusiones— de sus estancias morelianas.



RAFAEL CALDERÓN (1976). Cofundador de la revista *PalabraPoesía* publicada entre 2006-2015. Fue merecedor del Premio Estatal de Poesía “Carlos Eduardo Turón” el año 2008 en el Estado de Michoacán. Es autor de los títulos de poesía: *Rayo de luz en tierra ajena* (2003), *La región de las sombras. Poemas 1997-2006* (2008) *Los nombres del silencio* (2009) y *Relación de estos días* (2024). Es responsable de varias antologías y estudios de autores michoacanos, como Concha Urquiza, Ramón Martínez Ócaranza, Gaspar Aguilera, Tomás Rico Cano y José Antonio Alvarado. En 2014 editó en Morelia la antología *El reposo del fuego (y otros poemas)* de José Emilio Pacheco, Es co-coordinador del libro *Deber de Plenitud. La Universidad Michoacana y la ciudad de Morelia 1917-2017*. Ha publicado ensayos en suplementos como *La Jornada Semanal*, *Laberinto* y *La Gualdra*. Es director de la colección CENTZONTLI *Pájaro de cuatrocientas voces* y coordinador con Sergio J. Monreal del programa *El espacio Literario*.

